



Turbulencias

Matilde Durón



Ilustraciones: Jaime Durón

Turbulencias

Matilde Durón

Turbulencias

Primera edición, 2022

©Matilde Durón, 2022

©Ilustraciones: Jaime Durón

©De la presente edición: ÁGATA Libros

Coordinación editorial: Érika B. Carrillo | ÁGATA Libros

ISBN: 978-607-59352-0-1

Ilustración de portada: Jaime Durón Aguirre

Diseño editorial, maquetación y diseño de portada: Gabriela Serralde
punto618.com.mx

Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico

ÁGATA Libros

contamoshistorias.com



Turbulencias

Matilde Durón

Ilustraciones: Jaime Durón

CONTENIDO

CAPÍTULO 1

| | |
|---------------------|----|
| Defectos de fábrica | 11 |
| Nessum dorma | 15 |
| Pasta verde | 19 |
| Hojas secas | 23 |
| Día de pinta | 27 |
| Murallas | 31 |
| La espera | 35 |

CAPÍTULO 2

| | |
|--------------------------------|----|
| El Bayito | 39 |
| Lágrimas II | 47 |
| Infinito | 49 |
| Lágrimas IV | 51 |
| Valiente | 53 |
| Caja | 55 |
| Oro blanco | 57 |
| Pantufas | 59 |
| Ausencias | 63 |
| Jarra | 65 |
| El virus que navega en el amor | 67 |
| Los pájaros no hablan | 75 |

CAPÍTULO 3

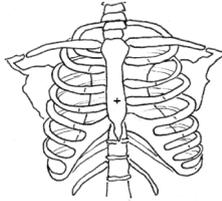
| | |
|------------------------|-----|
| Rescate | 83 |
| Turbulencias | 85 |
| Turbulencias (II) | 93 |
| Sabrás de mí | 99 |
| Sandunga | 101 |
| Erotismo contemplativo | 103 |
| Buenas intenciones | 105 |
| Primavera | 117 |
| Navidad | 123 |

CAPÍTULO 4

| | |
|----------------------------------|-----|
| El disfraz | 127 |
| Ciruelas | 131 |
| La roca y la bengala | 139 |
| La vida secreta de Matilde Durón | 141 |
| El caballito de Parangaricutiro | 149 |
| Inoportunas | 167 |
| Perseguir la chuleta | 175 |
| Orión | 181 |
| Abundancia de escasez | 185 |
| Recital de piano y voz | 189 |
| El gato también | 195 |

CAPÍTULO 1

DEFECTOS DE FÁBRICA



ALGUNAS PERSONAS NACEN CON EL CORAZÓN ROTO. Sí, tal como lo leen. Una vez, cada cierto tiempo, algo sale mal. A los del almacén de almas se les va una ‘diferente’. Una que a simple vista tiene todos los atributos que la caracterizan, pero tiene un detalle, casi imperceptible, una insignificante grieta que pasan por alto todos los departamentos de calidad.

El anterior es un fragmento de la introducción al Cuarto Tratado Sobre el Alma, o «Cuarto Studio de Animabus», contenido en uno de los diarios recientemente descubiertos en Europa Oriental. Dichos diarios pertenecieron al sobresaliente filósofo y científico Austriaco, Félix Böhm, quien era cuñado de Aristóteles y un fiel practicante del Orfismo. Böhm se había casado con la hermana menor de Aristóteles, Dorotea, y pasó a la historia más por su predilección a “em-

pinar el codo” que por sus brillantes teorías y elucidaciones acerca de los atributos del alma humana. Sus espléndidos manuscritos, que se creían perdidos para siempre, ahora son estudiados con interés por las élites intelectuales.

Böhm, en su cuarto tratado, describe lo que él llama ‘almas hendidas’, que son aquellas empaquetadas para su uso en humanos pero que portan un defecto de fábrica: *«una hendidura simétrica, no más larga que un alfiler, con forma de ojiva y no más ancha que el meñique de una fina dama»*, explica en su texto.

Böhm no solo fue el primero en registrar la existencia de estos seres, también detectó un sorprendente patrón. *«Curiosamente, todos los casos de alma hendida que he estudiado tienen la imperfección ubicada entre quince y veinte centímetros debajo de la unión de las extremidades esternales de la clavícula»*. Böhm dedicó la mitad de su vida a buscar y estudiar a los seres a los que el destino les había otorgado, por equivocación, almas imperfectas desde su creación.

«Naturalmente, la mayoría de las almas son perfectas cuando se acoplan al cuerpo material. Con el tiempo, estas van cambiando, madurando algunas veces, y otras se van gastando, incluso rompiendo. Lo anterior depende del uso que el individuo haga de ella y de cómo interactúe con otros individuos».

«Pero ¿qué pasa con quienes reciben almas hendidas? Los individuos con esta peculiar dolencia pasan como cualquier otro. Comienzan su vida con el entusiasmo típico. Al nacer se les otorga el regalo de la inercia, gracias a ella crecen para mezclarse entre las multitudes y, avanzan por la vida, un paso a la vez. No transcurre mucho antes de que se percaten de que algo no anda bien, que algo hace falta, pero no saben con precisión qué es. Con el paso del tiempo, comienza a revelarse ante ellos la realidad, como cientos de velos que se van quitando de la vista. [...] De repente, su capacidad de mezclarse se entorpece. La inercia se pierde. Pero el mundo alrededor sigue su curso. Se vuelven piedras que sobresalen en el cauce de un río».

De acuerdo con Böhm, la hendidura ocasiona que el amor, que se produce continuamente en el alma, se fugue. *«El alma en sí es un recipiente. Imagine la cisterna de una casa. Cuando el líquido alcanza el nivel suficiente, el flotador de la cisterna sube e impide que el agua siga entrando. Lo mismo ocurre con el alma, solo que en vez de agua es amor. Ahora imagine que su cisterna de amor tiene una fuga».* Böhm describe cómo los individuos aprenden rápido a canalizar esa fuga; sin desperdiciar una gota vierten su interminable amor sobre todo lo que les rodea.

«Ván por la vida intentando, sin saberlo, remendar la tela de su alma. Son extremadamente sensibles. Se perciben a sí mismos como entes solitarios, dando amor sin medida porque no pueden tapar ese

agujero. A veces, por casualidad se topan con otros individuos iguales a ellos. Pero no pueden hacer más que contemplar con impotencia cómo los otros, espejos de su alma, se pierden en la misma incertidumbre».

«La física tradicional nos dice que un fluido compresible tiende a ocupar en su totalidad el volumen del recipiente que lo contiene, ejerciendo una presión homogénea sobre las paredes de éste. Dicha presión es directamente proporcional a la cantidad de fluido dentro del recipiente. Ahora, imagine que nuestro recipiente de amor no es un tanque rígido, sino un globo. ¿Qué tanto puede un globo ser inflado antes de romperse?» Böhm, a través de metáforas mundanas, explica cómo los individuos de alma hendida, en su afán incesante de darle amor a los demás, terminan por romper el corazón de otros, una y otra vez.

Para nuestra fortuna, este año no ha dado solamente malas notas. Finalmente, la extraordinaria visión de Félix Böhm acerca del alma ha salido a la luz y, según expertos, revolucionará la ciencia nepésica. Sus brillantes manuscritos ya están siendo traducidos al español y esperaríamos encontrarlos a la venta la próxima primavera.

NESSUM
DORMA



*¡Nadie duerma! ¡Nadie duerma!
Incluso tú, oh, Princesa,
en tu fría estancia
miras las estrellas
que tiemblan de amor y de esperanza.*

OTRA VEZ ME DESPERTÉ, O ME DESPERTARON, ya no sé. Abro los ojos lo más que puedo, la oscuridad es inmensa y no la puedo abarcar, miro en todas direcciones, intentando ubicar alguna referencia que me indique dónde estoy; como cuando caes al agua revuelta y te hundes lo suficiente y dejas de sentir la gravedad ¿estoy arriba o abajo?

Me siento aturdida o, mejor dicho, cansada. Es como si todas estas horas hubiera estado intentando dormir junto a la turbina de un avión, o bajo el escenario de una orquesta, o en medio de un desfile de carnaval.

¿Qué es eso? ¿El silbato de un buque? ¿A esta hora? ¿En pleno centro de la ciudad? No puede ser, no es real.

No es real. Me repito, y me doy vuelta en la cama para quedar tendida boca arriba; mis ojos finalmente logran distinguir la silueta pálida del ventilador en el techo. ¿Estaré perdiendo la razón? Otra noche de estas y me interno en un psiquiátrico, lo juro.

Y es que han pasado los meses y las alucinaciones solo han aumentado. Comenzaron hace como un año, tal vez dos. Primero fue la voz, nítida pero que dice cosas inaudibles; no la entiendo, pero sé que me habla a mí, me dice palabras, a veces frases. Es, sin duda, una voz de mujer, algunas veces familiar, otras veces desconocida.

Con el tiempo llegaron los sonidos escenográficos, ¿una ambulancia estacionada en el jardín de la casa? ¿Quién dejó una motosierra encendida en el armario? ¡Por Dios! ¡Dejen de golpear la puerta!

Eventualmente llegó el resto del grupo, las voces mezcladas, la multitud exaltada que pone énfasis cuando la situa-

ción lo amerita, como el coro de una ópera. ¿Quiénes son todos ellos? ¿Qué hacen aquí y qué quieren de mí?

También me pregunto si a más personas les pasa, que escuchen ruidos imposibles y voces irreales. Pero ¿y si las voces pertenecen a personas de verdad? Me refiero a personas que existieron en algún momento, y si esas personas se quedaron con ganas de decir tanto cuando tuvieron que irse de aquí. Entonces lo mío no serían alucinaciones, sino la historia misma hablándome al oído, los ecos de un pasado que se niega a morir olvidado.

Ahora fantaseo. Pudiera ser, quizá, que en realidad no estoy loca, sino que fui elegida para canalizar esas voces y darles, válgase la redundancia, voz. Me correspondería entonces entrenar mis oídos y mi mente, para entenderles, porque todavía no logro distinguir las sílabas, mucho menos las palabras.

¿De qué me hablarán? ¿Qué puede ser tan importante que no se puede callar y al mismo tiempo tan indebido que no se debe mencionar?

Recorriendo mi propia historia he descubierto que las verdades más valiosas son también, lamentablemente, las más dolorosas; por lo tanto, se relegan hasta el fondo, se omite su existencia porque resultan demasiado aberrantes de decir y de contemplar. Luego sucede que se van desmembrando

y, sus fragmentos, eventualmente se desconectan hasta que solo quedan rumores dispersos, de esos que se dicen bajo el aliento, cruzando la calle, a hurtadillas y totalmente fuera de contexto.

Bajo esa lógica, si una de esas voces fuera la mía se dedicaría a recitar esos fragmentos, uno tras otro, una y otra vez. Le diría a quien fuera el receptor o la receptora, esto sí pasó y no podemos permitir que se olvide. Tal vez así, de oídas, alguien finalmente entienda y pueda unir las piezas y darle sentido a la verdad.

Pero resulta que las voces no me hablan todas las noches; hay, de hecho, semanas enteras en que no se aparecen. Es cuando pienso que todo ha vuelto a la normalidad y puede que, en efecto, solo hayan sido producto de mi mente. Tal vez es el insomnio el que me hace alucinar y no al revés: que las voces son las que me mantienen despierta. A lo mejor mis apelativos no aplican, a lo mejor ni siquiera existe tal cosa como los ecos de vidas que fueron y ya no son. Es probable que el mundo, tal como es, funciona precisamente porque se puede borrar la verdad.

En fin, que ya no sé si las ambulancias, las motosierras, los buques y las puertas están aquí al mismo tiempo en mi habitación, o es que, simplemente, en esta ciudad, nadie duerme.

PASTA
VERDE



MAMÁ, ¿QUÉ ES AUTOEROTISMO?
Recuerdo la expresión de mi madre, algo rígida, sus ojos se volvieron hacia mi padre y luego de nuevo a mí. Yo esperaba su contestación desde mi infantil estatura. En el televisor *Sharp* de la cocina sonaba la música de apertura del programa “¡Pácatelas!”, de Paco Stanley. Al ver que la respuesta no iba a llegar tan espontáneamente como mi pregunta, recargué la espalda en el azulejo de la pared detrás de mí, sosteniéndole la mirada a mi progenitora. Mi padre interrumpió el incómodo silencio llamándonos a todos a la mesa para comer.

Papá, ¿qué es ninfómana?

Por aquellos días, solía pasar tardes enteras figoneando entre los libros de mis padres. La biblioteca de la casa estaba

compuesta de libros cuyos lomos repasaba una y otra vez mientras se me escurría el aburrimiento por los cachetes, acostada en el sillón. Luis Spota, Gabriel García Márquez, F. Scott Fitzgerald, Torcuato Luca de Tena, Isabel Allende, Carlos Fuentes, Albert Camus, Billy Hayes, y otros tantos que no recuerdo ya. Entre esos estaba un librote de pasta dura color verde: *Vida y Psicología*, sellado con el icónico pegaso de *Selecciones del Reader's Digest*. En la portada se apreciaba la imagen familiar que, depende de cómo la vieras, podía ser una especie de cáliz, o el perfil de dos personas mirándose de frente. Me recuerdo sentada, con las piernas entrecruzadas, sintiendo sobre mis rodillas el peso de aquel necronomicón del psicoanálisis. Sus hojas eran lustrosas y gruesas, retacadas de letras distribuidas en dos columnas por página.

Mamá, papá, ¿qué es onanismo?

En casa nunca hubo libros infantiles, o tal vez un par, pero la memoria no me da para saberlo con certeza. Sin embargo, la lectura no tenía censura y en cuanto pude leer “de corridito” me di rienda suelta hojeando un libro tras otro de aquella colección. Había uno que también me llamaba mucho la atención, era esbelto, de pasta roja: *Kama Nostra*, de Rius. En todas las páginas, las ilustraciones mostraban hombres barrigones y mujeres exuberantes, desnudos, por supuesto.

Tía, ¿qué es Edipo?

Supongo que la cosa llegó a un punto de incómoda inflexión. Una tarde, de esas calurosas y aburridísimas de mi infancia veracruzana, eché de menos el libraco verde que tanto entretenimiento me había dado haciéndome imaginar el significado de toda aquella palabrería; yo pensaba que el erotismo tenía que ver con superhéroes. En fin.

En su lugar aparecieron otros libros que, en conjunto, formaban la *Enciclopedia de la vida sexual: de la fisiología a la psicología*. El nombre de la editorial, Argos Vergara, me resultaba fálidamente sugestivo. El compendio tenía portadas a color con imágenes muy setenteras: niños corriendo en un lago, púberes sentados en un raro sillón colgante, adultos abrazándose, adultos acostados uno sobre otro... De nuevo, todos desnudos.

Como era de esperarse, no dejé pasar la oportunidad de hojearlos. Los libros venían distribuidos por rangos de edades: según en el que te encontraras, era la información que podías procesar y, por ende, el libro que te tocaba leer; sin embargo, yo los leí todos, hasta los de adultos, en cuestión de semanas. Comencé estudiando ilustraciones muy monas de perritos reproduciéndose, después fotos de niños convirtiéndose en adolescentes con un incipiente vello corporal, luego unos

adultos copulando (aburridamente) en posición del misionero, hasta dibujos detallados de otros adultos en posiciones sexuales acrobáticas, y terminando con imágenes de genitales purulentos y personas lamentando sus decisiones.

Antes de cumplir los nueve años, ya sabía todo lo que podía suceder entre los perritos y la anorgasmia pasando por la clamidia y la sífilis. Para cuando tuve mi primera clase de educación sexual en el colegio, por ahí de los doce años, estuve a nada de pedir mi exención de la materia por saber más que la maestra Dinorah, quien tragaba saliva tortuosamente cada vez que tenía que decir la palabra “pene”. Creo que a mis padres nunca les advirtieron de las cosas que no venían en el manual.

HOJAS SECAS



TE DESCUBRÍ, NOS DESCUBRIMOS, un otoño entre la gente y el ruido, entre sillas y escritorios, entre cuadernos y uniformes a cuadros. Unas manos pequeñas y blancas poniendo una flauta entre las mías, las mismas manos que poco después cubrirían mis ojos para permitir que tu boca se acercara lo suficiente a la comisura de la mía.

Las hojas secas crujían bajo nuestros pies, yo te acompañaba por un sendero y tú me hablabas de tu mundo, tan pequeño y frágil. Yo solo seguía tus pasos y el sonido de tu voz, ascendiendo por aquel bosque, sin saber muy bien por qué.

Desde entonces solo quise estar cerca de ti, porque sentía que si no te miraba cosas terribles podían pasar. Entonces me di cuenta de que tus ojos también buscaban los

míos y que tu alma se sentía tan inevitablemente atraída hacia la mía.

Como si el universo estuviera de nuestro lado, un día me hallé sentada justo detrás de ti, contemplando el remolino rubio en tu nuca erizándose mientras mis labios rozaban tu oreja. Dejaste caer una mano distraída y comenzaste a acariciar mi rodilla. Yo tiré un poco de mi falda para descubrir un muslo anhelando ser tocado.

El despertar de dos cuerpos, los de un par de niñas descubriéndose mujeres, abrazándose entre el humo de incienso y los tañidos místicos. Tus ojos de gato, mis ojos de perro. Tus dientes perfectos y los míos desordenados, enmarcados en metal. Tu rostro hundido en mi cuello y mi mano aventurándose hasta tu baja espalda.

Las cartas se inundaron con promesas de eternidad, de trascendencia universal. Las llamadas se llenaron de dulces silencios respiratorios y canciones que hablaban de cariños lejanos y almas entregadas. Los libros y cuadernos se tapizaron con nuestros nombres. Nos cubrimos de amuletos para no olvidarnos jamás, para preservar eso que era innombrable pero que nos hacía tan felices.

Tardes solas, casas solas. A veces música cadenciosa, a veces el sonsonete de un televisor y una consola. Yo estaba

inmóvil, hipnotizada, con las manos sudorosas, a veces en un sillón, a veces en una cama. Descubrí algo de malicia en el movimiento de tus caderas, a veces frente a mí, a veces sobre mí.

Qué orgullo ser la elegida para descubrirete de esa forma. Qué dicha la de entregarse sin más a un juramento sin estatutos. Cuánta envidia la de la gente que no entiende de esas cosas, que señala y juzga, que llena pasillos y aulas con susurros venenosos y rumores perniciosos.

Se cayó el velo que nos cubría, perdimos el anonimato que nos concedían la falda plisada y las medias hasta la rodilla. Un gran reflector se ubicó sobre nuestras cabezas y de pronto te confinaron los barrotes del prejuicio. Yo no pude más que contemplarte impotente desde la calle, preguntándome qué hacer con todo eso que tenía dentro y que guardaba para ti; resistiendo insultos y amenazas, sometida al aislamiento y la vergüenza. Entonces comprendí que el mundo es un monstruo morboso y tirano, que no tolera que nadie sea feliz fuera de sus normas absurdas.

Luego llegó él y con su mano violenta sujetó tu brazo, apartándote de mí, adueñándose de tu mundo pequeño y frágil, llenando tu cuerpo de manchas amoratadas. Yo ya no quise ver tus ojos, pues no eran más los tuyos. Te había tragado

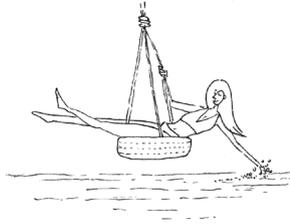
esa otra persona en la que te convertiste, en cuya voz ya no había dulzura.

Las cartas se borraron, las promesas se olvidaron. Los amuletos perdieron su poder y terminaron por romperse. Un día nos despedimos por el teléfono sin saber que sería la última vez.

Se había revelado la paradoja, que mi vida no era más que una línea tangente a la curvatura de tu cuerpo, capaz de tocarla solo en un punto, una sola vez, para después perderse en el infinito. Nuestro breve sendero de hojas secas se bifurcó, tú seguiste un camino y yo me quedé a recorrer este otro que elegí el día que me enamoré de ti.

Supongo que por eso le llaman adolescencia, porque quizá en su etimología se oculta el sufrimiento, porque a esa edad nos perturban nuestros sueños, nos devoran las inseguridades, porque nos duele el aire que respiramos y nos arde la piel de aquello que eventualmente hemos de reconocer como deseo.

DÍA DE PINTA



Para Maite Vela

ESA TARDE NOS ESCAPAMOS DE LA PREFECTA después del receso, nos quedamos en los baños mientras todos los demás subían a sus salones. Yo era el nuevo, mis papás se acababan de separar y me fui a vivir a Tabasco con mi mamá. Los compañeros me hacían burla por mi acento cantado, por ser tan alto y tan flaco. A mí no me afectaba tanto, estaba integrándome, después de todo, y empezaba a llevarme bien con algunos.

La bolita de Gaitán eran los que mejor me caían, los más desmadrosos. Siempre estaban riendo y hacían los mejores chistes de los maestros. No eran vándalos, como “los pelones”,

los que se sentaban hasta atrás en el salón, que fumaban mota y se moneaban junto a la barda de la escuela, Gaitán, Adolfo, Raúl, Mayra y Aleida, eran los típicos chavos que ni ricos ni pobres, ni burros ni aplicados, de *Tsuru* y casa de INFONAVIT, de torta de jamón de su casa y refresco de la cooperativa. Balanceados, pues. Ellos fueron los que me invitaron a la pinta.

Yo me estaba muriendo de miedo; recuerdo la cara de Gaitán, los dientes pelados y los ojos apretados, Raúl se mordía los nudillos, a Adolfo se le iba el color, los cuatro estábamos aguantándonos la risa, escondidos, junto a los mingitorios. Nos fuimos a la laguna. Recuerdo que esa mañana mi mamá casi me cachó metiendo mi traje de baño en la mochila.

Dejamos las cosas bajo un árbol en la orilla, nuestras mochilas y zapatos. Las niñas se fueron a cambiar detrás de unos árboles, nosotros nos encueramos ahí al pie de la laguna. El primero en saltar al agua fue Gaitán, obvio, luego nosotros tres. El agua estaba fría y transparente, las piedras del fondo, unas resbalosas por las algas y otras duras y afiladas, unos pececitos se acercaban a mordernos los dedos de los pies. Uno termina siempre por acostumbrarse a esas cosas.

Las niñas salieron de los árboles. A Aleida no le molestaba andar destapada, era muy segura, igual que Gaytán. Quizá por eso se entendían tan bien y ya llevaban tanto rato

de novios. A Mayra le daba pena que la vieran, yo no entendía por qué, si me parecía muy bonita. Estuvimos jugando un buen rato en el agua, hasta que nos cansamos; luego en la orilla nos comimos nuestros lonches y nos regresamos a nuestras casas. Yo le tuve que inventar a mi mamá que me había tocado marchar en la escolta toda la mañana y que por eso estaba todo quemado de la cara.

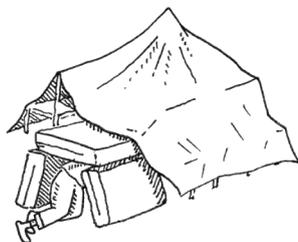
Al día siguiente en la escuela, la noticia. Nos enteramos de lo que había pasado cuando nos fuimos de la laguna; nos enteramos de que el papá de Mayra era alcohólico, que le pegaba a su mamá y a ella y, que, cuando andaba pedo, le daba por manosearla. Que el día anterior se había enojado tanto con ella por llegar tarde de la escuela y con el pelo mojado que se le fue encima a golpes hasta matarla. Su mamá fue testigo.

De ahí ya no recuerdo mucho, nos dejamos de llevar al poco tiempo, nunca volvimos a irnos de pinta ni a hablar de aquel día. Terminamos la prepa sin pena ni gloria. El año pasado me encontré a Adolfo en la calle, me dijo que Gaitán vive en la Ciudad de México y que le va muy bien, que Aleida se casó y se fue a vivir a Tijuana. De Raúl no me supo dar razón.

Por mi cuenta me enteré de que el papá de Mayra terminó en la calle de indigente y su mamá de laica en la iglesia.

Todavía pienso en ella, sobre todo en primavera, de repente veo a alguna con el uniforme y juro que es ella. Me quedé con ganas de decirle cuánto me gustaba.

MURALLAS



HABLAR DE ABUSO ES HABLAR DE MIEDO. Es romper el silencio del cual todos somos cómplices. Es reconocer el dolor propio y el ajeno, vulnerarnos para poder mirarnos unos a otros y, tal vez, encontrar la empatía al ver nuestra historia reflejada en alguien más.

Yo tenía tres, quizá cuatro años cuando, sin querer, descubrí el abuso. Se había presentado ante mí en forma de un juego inocente, engañándome para hacerme entrar al calabozo de aquel castillo hecho con cojines de tela burda color verde. Fue entonces cuando se desenmascaró ante mí, me mostró sus colmillos afilados, sus ojos incendiados y su lengua viperina escurriendo saliva espesa. Era muy tarde para sentir miedo, para huir, yo estaba a su merced. Lo que vino

después fue algo que, hasta la fecha, treinta años después, no me atrevo a pronunciar.

El abuso es sistemático, es la vecina que tiene una tienda en su cochera y que infla sus precios en los días de fiesta para sacar provecho de los bolsillos de vecinos y turistas. Es el policía que desde su autoridad amedrenta al ambulante de los chicles y los cigarrillos sueltos, que refrenda su amenaza a la prostituta a cambio de infames favores, bajo el disfraz de una retórica de favoritismo y protección. Es el edil que despoja a quienes debería servir, para alimentar su avaricia insaciable y la de un puñado de desalmados, que vende al mejor postor los recursos de su ciudad para después salir huyendo con el botín.

Abuso es el pan de cada día, es el hombre que, ciego a sus propios vicios y podredumbre, culpa a la mujer de todos sus males y la manipula para no hacerse responsable de sí mismo y del caos que crea a su alrededor. Es la persona que aprovecha los secretos, miedos y debilidades de otros para mantener el control. Es aquel que lucra con el analfabetismo, el hambre y la necesidad.

El abuso se normaliza, se interioriza de tal forma que nos lleva a replicarlo en nuestra persona, medicándonos, drogándonos, alcoholizándonos, fumando sin parar; privándonos de alimento, de sueño, de amor propio. Se guarda en la mente,

y dentro de ella se fermenta, se agria y se filtra poco a poco, contaminando todo cuanto pensamos, decimos y hacemos.

El abuso se invisibiliza, se proyecta a través de insultos, chantajes, violencia. El abuso se alimenta, se nutre del miedo, la ira y la impotencia. El abuso se replica, se arrastra por las grietas y rincones, por las veredas solitarias, se aloja en los áticos y sótanos, rodando por el polvo del olvido y las telarañas de la impunidad. Se oculta tras las esquinas de callejones abandonados, listo para saltar sobre cualquiera. El abuso no distingue una víctima de otra.

Para el abuso no hay olvido, solo existe el perdón, en el mejor de los casos; lamentablemente, por su misma naturaleza, la omisión nos resulta el paliativo perfecto. Los recuerdos son relegados al fondo de la memoria, al pantano oscuro de la negación, sin embargo, siempre encuentran la forma de asomarse, de volver a atormentarnos. Las más de las veces, los recuerdos vuelven a la superficie sin haberlos llamado, y nos escupen en la boca y nos dejan un sabor amargo, de podredumbre.

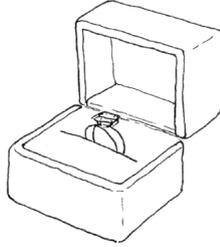
El abuso en la infancia nos marca como un hierro incandescente, nos altera la percepción, nos obliga a separar la mente del cuerpo, y continuar haciéndolo con mucha más frecuencia de la que pudiéramos admitir. Porque cuando

nuestro cuerpo es profanado, la única defensa es resguardarnos tras las murallas de nuestra mente.

Cuando el abuso nos atormenta se agudizan nuestros sentidos, vivimos en un constante estado de alerta, de desconfianza, somos tan sensibles a él que podemos incluso anticiparlo. Sin embargo, nos sigue paralizando. Nuestro viejo enemigo inevitable, que se disfraza de buenas intenciones para volver por nosotros una y otra vez y, cuando puede, nos obliga a verlo mancillar a otros.

Pero su tenacidad no lo hace invencible. Como a cualquier ente oscuro, al abuso le aterra la luz, porque lo despoja de su poder; lo obliga a salir de su escondite y a mostrarse como es en realidad: un ente absurdo, patético y débil.

LA ESPERA



Para Yoli Ramírez

EL RELOJ EN EL TABLERO DEL AUTO MARCABA las 9:52 am, Martha revisó su teléfono para cerciorarse. Afuera lloviznaba, un manto gris claro cubría el cielo y se encontraba con el mar en el horizonte. Los árboles de la Isla de Sacrificios se erguían como fieles guardianes del faro blanco en su centro.

Martha sujetó el volante con ambas manos, pegó el cuerpo al respaldo del asiento y contuvo la respiración un momento. De sus ojos apretados se fugaban las lágrimas. Pensó en Antonio, imaginó su rostro de horror, de decepción y quebranto. Luego pensó en Eduardo, en sus manos

grandes, su sonrisa que derretía hasta a un témpano, sus besos tiernos.

Abrió su bolso y lo vació sobre el asiento del pasajero, tomó unos pañuelos de papel, se secó la cara y comenzó a retocarse el maquillaje en el espejo retrovisor, las manos le temblaban. Pasaba el lápiz carmín por segunda vez sobre su labio inferior cuando vio una silueta familiar entrando al restaurante del hotel. Por los ventanales lo siguió con la mirada, el andar inconfundible de Antonio, su porte altivo y despreocupado a la vez. Lo vio acomodarse en una de las mesas y revisó de nuevo el reloj, 9:56 am.

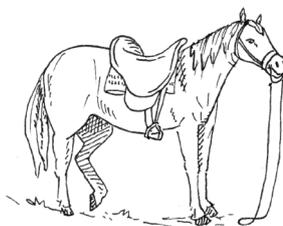
El golpe recio de unos nudillos en el cristal del auto la hizo saltar asustada. El joven de chaleco negro y camisa blanca le hacía señas desde afuera, totalmente indiferente al sobresalto. Martha se apresuró a guardar las cosas de nuevo en su bolso, sobre el asiento a su derecha había notas de venta, un par de bolígrafos, unas llaves, un celofán con el polvo de lo que alguna vez fueron pastillas de menta, y una pequeña caja forrada de terciopelo rojo. Martha contempló por última vez el adorno en su mano izquierda, el anillo alrededor de su anular, la preciosa roca cortada que hacía juego con el esmalte perlado de sus uñas. Una metáfora muy bella para una soga alrededor del cuello y una piedra para irse al fondo del mar.

El joven impaciente volvió a golpear el cristal. Ella le ofreció una sonrisa forzada y descendió del auto. Frente a uno de los ventanales estudió su reflejo, se alisó el suéter ligero y de reojo vio al chico del chaleco arrancar de mala gana el auto y conducirlo calle abajo.

En la entrada del restaurante, respiró hondo una última vez y apretó en su mano la pequeña caja de terciopelo. Su dedo ahora estaba desnudo, solo quedaba una tenue marca de lo que alguna vez lo rodeó, una marca que se irá más pronto que el invierno en Veracruz.

CAPÍTULO 2

EL BAYITO



E SCÚCHAME, CLODOMIRA. Por Dios, deja ahí, que te estoy hablando.

Déjame, te explico cómo pasó, cómo perdí el caballo de tu tata. ¿Qué te digo? No lo perdí, me lo arrebataron, prietita. Fue el cabeza dura del Francisco Rosales y su hijo, el menor, Valente. De verdad, qué gente tan mala leche. ¿Viste cómo siempre cargan la fusta y se creen los dueños del pueblo y a todo mundo quieren dar miedo? Yo no sé quién les dio esos derechos.

¿No el otro día le pusieron de cabeza la tienda a Don Antonio por unos costales de frijol que les salieron con gorgojo? No'mbre, hasta la cara se le cayó a su mujer del susto, ¿viste? Que anduvo con la boca chueca y el ojo gacho como

por un mes. Si no es porque su hija, la Claudina, se vino de la capital para cuidarla, con todo y chiquillos ahí andaba, pero rebién que sacó a su mamá adelante. Mírala, que ya anda otra vez en los rosarios y las novenas, la Lolita.

No me pongas esa cara, chaparrita, ¿qué te digo? Esa gente no tiene valores. Un día de estos, alguien les va a poner un “estate quieto”. Yo por eso me anduve con cuidado, no hay que buscarle la cara a esa gente. Como dice tu hermano, no hay que rascarle los *güevos* al tigre.

Ya, ya, perdón. Sé que te rechifla que diga yo palabrotas, prietita, pero es que qué coraje con esta gente, de veras. Ya dijo el padre Sabino en la misa del domingo, que hay que amar al prójimo, que hay que ser buenas gentes, siervos de Dios. A los Rosales les entra por un oído y les sale por el otro; ahí los ves, sentados en la primera fila de la iglesia, diciéndole que sí a todo lo que dice el padre, como si de verdad les llegaran sus palabras. ¡Puros cuentos! Es más, te apuesto que hasta el mismo cura les tiene miedo, y por eso hace como que la virgen le habla; ahí les bautiza todos los chiquillos y les perdona todos sus pecados. Y los Rosales le retacan la sotana de billetes.

Siéntate ya, mujer, que me pones nervioso. Ándale, así. ¡Mira nomás cómo traes ese delantal! Todo hecho garras.

Ahora que vaya para La Joya, te voy a traer uno nuevo, bien bonito, hasta envidia le va a dar a las vecinas cuando te vean por el mercado. Ay, pero con esto que acaba de pasar, no sé, mujer, no sé cómo nos vamos a recuperar.

Justo le acababa de decir al compadre Andrés que nos fuéramos a San Pedro por unos macetones para traerlos a vender por acá, pero ahora, ni cómo.

Ay, prietita, créeme que yo más que nadie quería a ese Bayito. Si cuando nos lo dio tu tata el día de nuestro casamiento le prometí que lo cuidaría tanto como a ti. Yo sabía que era de sus potros consentidos. Si me conmovió que se desprendiera de él, para que me lo llevara a trabajar, por aquello de mis dolores de piernas y que no puedo caminar mucho.

¿Te acuerdas de nuestro primer maicito? Desgraciado frío que nos lo cebó todo y nos dejó sin cosecha. Cuánto hemos padecido, mujer. Qué injusta es la vida a veces. Gracias a Dios que tu cuñada nos echó la mano esa vez, prestándonos unos billetitos a escondidas de tu hermano.

Ese, tu hermano, el Julián, es bien chambeador, no se lo niego. Pero ¿irse para el otro lado? ¿Dejar a su familia así nomás? Sin ver a su mujer y a sus hijos. Yo por eso no me voy, y mira que el Julián, cada que viene, me insiste que me vaya para allá con él, que allá me consigue trabajo y que te voy a

poder mandar dólares para construir la casita que tanto quieres. Pero ¿cómo me voy a ir, prietita? ¿Cómo te voy a dejar así nomás? Si aquí está mi querencia. ¿Pa' qué queremos dólares si nos tenemos el uno al otro? Nuestra casita, toda chiquita, pero es nuestra, y aquí con lo poquito somos felices, ¿no?

No llores, mujer. Vas a ver que algo va a salir. Voy a hablar con mi compadre a ver qué se puede hacer.

¿Qué pasó? No digas eso del compadre Andrés, él es un buen hombre. Sí, lo de los cochinos no salió bien, y ahí sí, lo admito, me pasé de confiado. Pero él es bueno, su intención nunca ha sido perjudicar. Ya veré como recupero ese dinero y lo volvemos a meter al ahorro.

Ya pues, ya te digo cómo pasó, pero ¿no tienes hambre? La angustia me alteró las tripas, Clodomira, ¿no me haces unas tortillitas con manteca? ¿Todavía tienes agüita de limón?

Híjole, no me quiero imaginar la cara de tu tata cuando le díganos que perdimos al Bayito. Yo creo que mejor se lo escondemos, que tal que lo recuperamos pronto y no hay necesidad de darle molestias. Y es que ya le hemos pedido tantos favores, caramba, que se me cae la cara de vergüenza cada vez que tengo que ir a mendigarle. Yo tengo mi orgullo, mujer, ¿tú crees que es fácil estirar la mano? Hay que despojarse de todo, hay que ser humilde, prietita.

¿Trabajar? ¿Tú? ¡No'mbre, ni Dios lo mande! ¿Cómo que te vas a poner a trabajar? Esas ideas locas que te mete tu cuñada. Ustedes están para ser atendidas, apapachadas, no para estar de ociosas; tienen que estar libres para hacerse cargo del hogar, de las crías. Bueno, las que pueden tenerlas. Cuánto lamento, chaparrita, no haberte podido dar un solo hijo en todo este tiempo. Pero Dios sabe por qué hace las cosas.

No, mujer, no han resuelto nada en la cooperativa, dile a Rutilo que nos aguante, él sabe cómo están las cosas. Es más, tú ya no le digas nada, yo voy a hablar con él. Y si vuelve a venir a cobrarte, le dices que a partir de ahora esas cosas las arregla conmigo, ¿qué necesidad tienes tú de andar dando explicaciones?

Que sí, que ya te voy a decir, pero es que no me has dejado explicarte, me interrumpes con tus preguntas. ¿Cuándo te he mentado, prietita? ¿Cuándo te he ocultado cosas?

¿Me pasas la sal? Esa manteca ya está medio rancia, me sabe amarga. O a lo mejor es la hiel de la mohína que acabo de hacer. Hay que tener cuidado con esas cosas, mujer, ¿cuánta gente no se ha muerto de entripados? No me imagino si me petateo y te dejo solita, te juro que me llevaría la preocupación al otro mundo, mi alma no tendría descanso. No me mires así, que me espantas. ¿Tú no vas a comer nada?

Bueno, escúchame con atención, la cosa estuvo así. Cuando salí de la cantina, el Bayo ya no estaba donde lo había dejado, esos desgraciados, ni las riendas olvidaron. Y mira, que llevaba amarrado a la silla un morralito con tunas que te traía, mi prietita, porque sé que te encantan.

Y no faltó el yo lo vi. Me dijeron que el Francisco y el Valente se habían pasado por ahí y se habían llevado al Bayito, sin decir más. Esos desgraciados. Yo no hallaba qué hacer, así que me fui con el comisario a quejarme. ¡Qué va! Ese hombre no tiene autoridad. Se la pasa sentado en su caseta, mandando a su ayudante a arrestar vacas y mulas, cuando debería estar arrestando maleantes, como los Rosales.

¿Me sirves otro vasito? Tengo mucha sed. Hasta el agua de limón me sabe muy agria.

La mera verdad, no te había querido decir porque no quería angustiarte; pero le debía unos centavitos a Eustaquio, el de la cantina, de unos traguitos de pulque que me eché el otro día con mi compadre... Y los de otras veces que he traído las bolsas vacías. Nada de qué preocuparse. Pero al parecer el Valente ya se hizo dueño de la cantina. Ya ves que le nació su hijo enfermito al Eustaquio, y en la desesperación traspasó el negocio. Y los Rosales se aprovecharon de su urgencia.

El caso es que ahora les debo a ellos, y me salieron con que los intereses y que la manga del muerto. ¿Yo qué iba a saber? Si lo que menos quería era tener problemas con esa gente desalmada. Pero, prietita, yo te juro que les iba a pagar todito en cuanto tuviera chance. Pero ellos no entienden razones, ni saben lo que es la necesidad. Por eso se llevaron a nuestro Bayito.

Mujer, abre la ventana que me está dando mucho calor. Mira nada más cómo estoy sudando, si hasta me siento mareado.

Pero mira, tengo una idea. Voy a ir a hablar con el Francisco, creo que él todavía escucha, y le voy a ofrecer trabajarle sus terrenos, unas jornadas para pagar la deuda y recuperar el caballo. ¿Cómo ves?

De repente se me secó la boca, caray. Y como que me duele el pecho, creo que necesito recostarme un rato.

Prietita, dime algo, no te quedes ahí nomás mirándome...

Clodomira, creo que me está dando algo... Clodomira, ¿por qué sonrías?

LÁGRIMAS II

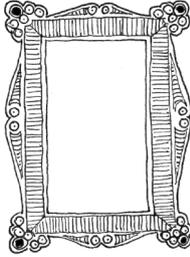


CON LA MEJILLA PEGADA A LA MADERA y los ojos fijos en la nada, yace Lucía hipnotizada por el chasquido persistente de unas manecillas que se arrastran perezosas. Unos hilos cristalinos brotan de lo que un día fueron los luceros más encendidos, corren perpendiculares a su nariz y aterrizan en la mesa. Escurren hasta el piso color terracota y se dirigen a la puerta, se escabullen debajo de ella. Salen al callejón y encuentran camino entre las piedras, bajan los escalones, cruzan el atrio de la pequeña iglesia, rodean una montaña de flores de bugambilia. Llegan hasta una casa y comienzan a anegarse frente a la puerta azul con remaches de bronce.

Víctor se echa un último vistazo en el espejo, se acomoda el peinado y el cuello de la camisa. Se apresura a la cita

con su nuevo amor y al salir se salpica los zapatos. Molesto, se pregunta por qué hay tanta agua afuera de su casa.

INFINITO



GERARDO OBSERVÓ LA IMAGEN EN LA PARED del cuarto de invitados. Su mente viajó kilómetros, hasta su pueblo en Jalisco. Recordó a su madre, llorando sentada sobre aquella tumba en el panteón. Sus manitas de niño limpiándole el llanto que corría por los canales al borde de sus ojos. Miró el rostro de la anciana en la fotografía y no pudo evitar rozar con los dedos la comisura de sus párpados, donde unas profundas arrugas nacían y se proyectaban hacia las sienes y hasta el infinito.

LÁGRIMAS IV



SE BUSCA COMPAÑERA. No novia, mucho menos esposa, amante quizás. Mujer completa, libre, congruente. Honesta consigo misma y con los demás. Que no se asuste con nada pero que mantenga la capacidad de asombro. Que lo mismo hable del clima que del post-humanismo y la nanotecnología. Con amplio criterio musical y pasión por la lectura. Que no le dé pena salir con alguien que no baila bien y que llora por todo. Dispuesta a compartir algo de su tiempo a cambio de respeto, apoyo moral, chistes sosos y besos moderadamente extraordinarios. Importante que le gusten los nopalitos. Interesadas comunicarse al 5533...

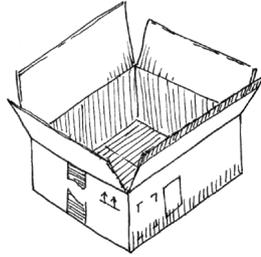
VALIENTE



MARA NO ERA DE ESAS, no le deseaba el mal a nadie. Pero con Aldo era diferente, a la vida le pedía que le cobrara con rédito todas sus canalladas. Él no sabía que en aquella fiesta Mara no le iba a permitir humillarla, no así, no otra vez. Sacó fuerzas quién sabe de dónde y se escapó de su abrazo maldito y su sonrisa retorcida. Se agarró con todas sus fuerzas del barandal de la escalera mientras él tiraba de ella para intentar teparle la boca y meterla de nuevo al cuarto. Ella se percató de que quien sujetaba con fuerza su cintura ya no era el niño problemático que hacía nueve años la había acorralado, ahora era un hombre, un demonio encarnizado y dispuesto a todo. Aldo no sabía que Mara era muy valiente, y con un grito de auxilio

reivindicó a su niña interior. Esta vez sí la escucharon, esta vez sí se salvó.

CAJA



PENSÁNDOLO BIEN, y tal vez sea una obviedad, el valor de una caja siempre se basará en su contenido.

Hay cajas que contienen música. Hace muchos años mi abuela me regaló una, era de plástico negro brillante, estampado por fuera con unas flores rojas y lilas, con tallos y hojas entrelazándose. Al abrirla, una muñeca diminuta, vestida de bailarina de *ballet*, bailaba al activarse un mecanismo de cuerda, que hacía girar un cilindro con relieves, que a su vez hacía sonar un cepillo de latón articulando el primer movimiento de *El lago de los cisnes*. En la cara interna de la tapa, un espejo manchado por los años.

Hay cajas donde la gente, o lo que queda de ella, se va al otro plano. Admiramos, como dolientes o como simples

curiosos, sus chapas ostentosas o barnices opacos. Por dentro, con algo de suerte, espuma y tela satinada brindan confort, más a la consciencia de los vivos que a la memoria de los muertos.

Hay cajas donde se guarda una vida entera, para olvidarla debajo de una escalera, para mudarla junto con nuestros sueños a un lugar nuevo, o para dejarla atrás en un contenedor de basura.

Cajas de cerillos, de cereal, de zapatos, de velocidades.

Cajas fuertes.

Cajas negras.

ORO BLANCO

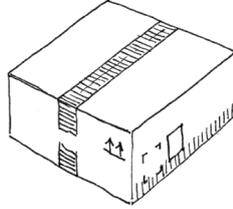


A LOS HIJOS, EL TIEMPO NOS QUITA LO EGOÍSTAS; nos enseña a ver detrás de un padre y una madre para descubrir que debajo de tan noble investidura solo hay un hombre y una mujer, tan vulnerables y aterrados como nosotros.

Habían pasado ya dos meses cuando mi mamá me despertó un día, muy temprano. Me dijo que era hora de sacar las cosas de mi papá, que su corazón le decía que esta vez ya no iba a regresar. Abrimos el armario y comenzamos a descolgar, una por una, sus camisas, a ponerlas en bolsas negras con el resto de su ropa. Abrimos aquel maletín que tenía arrumbado. Había muchos papeles, recibos, chequeras vencidas de cuentas bancarias que no sabíamos que tenía. Al fondo,

dentro de un sobre había varias boletas de empeño, algunas amarillentas y con la tinta a punto de borrarse. Mi mamá se dejó caer sobre la silla, fue leyendo con cuidado cada una hasta que terminó por levantarse e irse a buscar su alhajero. En la caja casi vacía solo quedaban dos sortijas modestas, una con zirconitas y otra con una perla cultivada. Por aquellos días, las casas de empeño se daban el lujo de no aceptar oro blanco, ahora reciben en prenda hasta suegras y mascotas.

PANTUFLAS



3 6 CHALMERS ST...
En una de las caras del paquete se observa una etiqueta con mi domicilio, escrito a mano con letra apenas legible. Me sorprende y al mismo tiempo me alivia saber que el remitente aún tiene fuerza en las manos para tomar una pluma y escribir. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que le vi por última vez? ¿Tres años?

En todo el tiempo que llevo de conocerle, jamás ha olvidado un cumpleaños mío. Esta vez su regalo llegó antes, exactamente semana y media. Me pregunto qué será en esta ocasión. La caja forrada de papel de estraza y empleada en plástico descansa sobre la pequeña barra de la cocina.

La alarma de la cafetera suena. Por la ventana veo gente apresurándose por la acera, levantándose el cuello de sus abrigos para protegerse del aire frío y seco del otoño. Las copas desnudas de los árboles se mecen, las nubes grises apenas dejan pasar la luz del sol. Es un día legñoso.

Vuelvo a la cocina. Me encuentro ahora frente a la barra. Una emoción infantil me incita a abrir el paquete, pero la solemnidad de la adultez me obliga a apartarlo y me concentro en la taza de café recién servido, humeante.

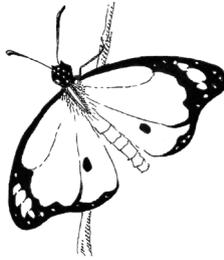
Pienso en el remitente ¿cómo se verá ahora? Nunca le ha gustado salir en fotografías, así que es difícil saberlo. En su casa debe haber, cuando mucho, tres fotografías donde se le puede ver. Una vez me mostró una de su juventud, venía en un certificado que guardaba celosamente en un cajón de su despacho, era de una escuela por correspondencia. En cualquier caso, al día de hoy no debe verse más joven.

Imagino que su vida no ha cambiado mucho. Los almuerzos en la terraza con vista a la ciudad, miles de kilómetros lejos de aquí, con higos maduros y helado de vainilla de postre. Una charola de *baklava*, una jarra de vidrio con limonada. Los sillones mullidos de la sala de música, la pintura de San Sebastián sobre la chimenea. Su ritual de llegar a casa y quitarse los zapatos, abrir el baúl junto a la puerta y

sacar del montón una pantufla, luego la otra, para andar con calma por la estancia.

Miro de nuevo el paquete y pienso ¡qué ironía! El remitente odia celebrar su cumpleaños, pero jamás me ha dejado olvidar el mío.

AUSENCIAS



Y LUEGO TE FUISTE, SE FUERON.

La casa por fin se quedó vacía de ti, de ustedes. Las cosas dejaron de cambiar de lugar, el polvo dejó de acumularse, los platos dejaron de ensuciarse, la regadera dejó de gotear. Y volví al silencio, al sopor maldito desde el alba, a arrinconarme debajo de la escalera. Porque los trucos viejos son difíciles de desaprender.

La cosa es que no sé si extrañar es lo mío.

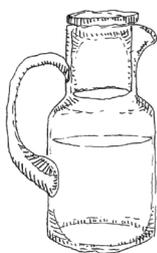
Ya no encuentro con qué llenar el silencio; el de la casa, el de mi mente. Intento desordenarlo todo, pero no es lo mismo; no me quedan igual de arrugadas las sábanas, igual de opacos los vasos, el jabón parece no gastarse, la basura no huele igual de rancia. Supongo que este es el nuevo orden,

la continuación de mi nueva vida; vida que siento cambiante desde hace mucho, que no parece estabilizarse, que se detiene un rato como una mariposa sobre una delgada rama y después salta a otra.

Perpetuo movimiento.

Habrá que aprender a llenar vacíos. Habrá que aprender, una vez más, a dejarte ir, a dejarles ir.

JARRA



PASAN SOLEMNES LOS SEGUNDOS en el reloj de la pared. Sístole y diástole dibujándose en un monitor monocromático. Mangueras, tubos y sondas brotan de una consola y abrazan un cuerpo inmóvil, moribundo, casi imperceptible bajo la gruesa cobija.

La luz blanca da la impresión de un ambiente estéril. No hay paredes, solo bastidores con cortinas azules. No hay intimidad, solo sonidos y olores compartidos.

Al pie de la cama, una mesa portátil sostiene una jarra de agua, un frasco de píldoras y una responsiva, todavía sin firmar.

H se incorpora de su lecho, estira los brazos a la nada, sus huesos se transparentan a través de la escasa carne. Sus

ojos hundidos contemplan la distancia. Su sonrisa cadavérica le da la bienvenida a la inexistencia. El éxtasis final de un hombre que se sabe vencido y, finalmente, deja caer el cuerpo sobre el colchón para soltar el poco aire que le queda en los pulmones.

Una alarma suena desde la consola.

Carpe diem.

EL VIRUS QUE NAVEGA EN EL AMOR



MATILDE, *HÁBLAME DE VERACRUZ*. Me dijo H, desde la cama. Yo no supe cómo empezar la historia, así que comencé a recitarle todo lo que sabía, lo que recordaba de las clases de primaria y de los veintitrés años que viví ahí. Él me miraba con sus penetrantes ojos azul verdosos, su rostro estaba adormilado, y esbozaba una ligera sonrisa.

Le hablé de la historia de la región, de los españoles, de los mulatos, los jarochos y los cambujos; de los mangos, las naranjas, las piñas, la caña de azúcar y los grandes ingenios; de Xalapa, de Alvarado y Tlacotalpan, de los Tuxtlas, del café de Coatepec, del olor a pan por las tardes en Xico, del Tajín. Por momentos me miraba con atención, y a ratos se perdía en

sus pensamientos, contemplando la cortina que nos ocultaba de la vista de los demás; quizá se imaginaba con detalle el carnaval, las fiestas de la Cruz, el arroz a la tumbada, el olor a marisma.

Yo acariciaba su antebrazo, con delicadeza. Veía su piel blanca, reseca, sus venas resaltadas y esa aguja apenas prendida de una de ellas, un pequeño trozo de tela adhesiva la mantenía en su lugar. Un poco de sangre regresaba por la sonda transparente, y se difundía lentamente, como una espesa tinta roja, entre el líquido claro que llegaba desde una bolsa colgada en un perchero al lado de la cama. Le hablaba con voz suave y pausada. Él permanecía recostado, con las piernas recogidas, envuelto en una pequeña manta color hueso, temblando.

Una sigilosa mujer se asomó entre las cortinas, vestida de blanco, con el cabello perfectamente recogido. *Es hora de ponerte la máscara*, le dije a H, y la joven sonrió para ambos. Sin decir mucho, se acercó a un tablero detrás de la cama y comenzó a girar unas perillas; un zumbido, el oxígeno circulando por un tubo estriado de plástico y saliendo por un pequeño cuenco transparente, luego el borboteo de un líquido que la mujer había colocado en el cuenco con una jeringa. La cara de molestia de H fue evidente. *Vamos, solo serán unos minutos. Mientras te seguiré contando historias.*

Yo intentaba distraerlo hablándole de los nidos de tortuga en Santander, y de lo curioso que era que las tortugas tuvieran ombligo. La mujer de blanco revisaba la bolsa de líquido transparente colgada al pie de la cama. ¡Auuu! Exclamó H, cuando la joven inyectó algo en su brazo para reestablecer el flujo en la sonda obstruida. *Tranquilo, ya pasó.* La mujer se retiró tan sigilosa como llegó y le di las gracias.

H me hablaba de su ópera favorita, *Lucia di Lammermoor*; de un viaje en auto desde Phoenix hasta Los Ángeles para verla presentada durante un hermoso atardecer en un valle. Ahora yo me imaginaba todo eso, un atardecer rojo como una toronja y unas palmeras altas tras el escenario, durante la escena de la locura. *Intenta dormir, yo estaré aquí para lo que necesites.*

H descansaba sobre su costado izquierdo, hecho un ovillo, mirando hacia la cortina que separaba su espacio del de otro convaleciente, su respiración era profunda y lenta. Yo estaba sentada a su derecha en una silla de plástico, entre la cama y una ventana tapizada de afiches que hablaban de salud y prevención. La ventana daba a un pasillo iluminado, por el que veía pasar, de vez en cuando, a algún médico, enfermera, o camillero. Finalmente, algo de calma en el ala B del hospital.

Las luces de la gran habitación estaban apagadas. Junto con la de H, había otras seis camas, ocupadas por enfermos, y un número igual de sillas de plástico para un acompañante. Recordé las instrucciones de las enfermeras esa tarde, que debía asegurarme que comiera sus alimentos, que revisara que la sonda no se tapara, que debía acercarle el orinal cuando él lo necesitara y vaciarlo cada vez. Pensé en la expresión de H cuando le había dicho que me quedaría con él esa noche, su inocente incredulidad, *¿de verdad?*, y las lágrimas en sus ojos; su alegría cuando le mostré el contenido de mi mochila; ropa limpia para él, libros y revistas. Debió ser terrible pasar los últimos días solo, intentando dormir entre el rumor de instrumentos, entre ronquidos y quejidos de dolor.

Yo dormitaba por momentos, a pesar de la incomodidad de la silla, del dolor de espalda y cuello. Me despertaban los suaves pasos de la enfermera sobre el linóleo. Ella se asomaba entre las cortinas y nos sonreíamos, luego seguía su ronda por el resto de las camas. Qué noble y agotadora labor debe ser servir entre tanto dolor físico y emocional, y aun así tener una sonrisa y una mirada comprensiva que obsequiar.

Cuando te encuentras en un lugar así, la noche se vuelve larga y melancólica. Sentada en la silla, con la cabeza recargada en el vidrio frío de la ventana, pensaba en H, en su vida, en

la mía, en lo que había traído a toda esa gente a ese lugar, en la pena de los familiares. A ratos, me levantaba de la silla, salía de la habitación y caminaba por el pasillo hasta una pequeña terraza; llenaba mis pulmones de aire, y estiraba las piernas. No era mi lugar ideal para pasar un viernes por la noche. Me topé con una mujer que se espabilaba en la entrada de otra habitación y conversamos un poco. *¿Cuánto tiempo lleva aquí?*, le pregunté. *Tres semanas cuidando a mi esposo*. La miré en silencio, ¿qué se puede responder a eso? *En la salud y en la enfermedad*.

Las enfermeras nos miraban en silencio desde un gran escritorio. *¿Quién es su enfermo?* Me preguntó la mujer. Yo le conté que era un amigo muy querido y que no tenía familia. De inmediato supo de quién hablaba, todos en el ala sabían del *americano* que había llegado solo hacía unos días y al que casi nadie iba a visitar. Yo le expliqué que, lamentablemente, había habido un malentendido, que la barrera del idioma entre mi amigo y el personal había resultado en esa penosa situación. Se alegró de saber que ahora alguien lo cuidaba. *Bendito Dios, le va a hacer muy bien tener compañía, ya verá*. Nos despedimos con la complicidad que nos otorgaba estar en una posición similar, por decirlo de algún modo. *Aquí estamos, para lo que se ofrezca. Igualmente*.

El amanecer tardó más que nunca en llegar. Poco a poco, el ala B cobró vida, con el rumor creciente de pasos, conversaciones, el ir y venir de camillas y sillas de ruedas. Salí del hospital, la luz brillante del sol me deslumbró; sin mucho apetito, comí algo para recuperar energías, luego volví con H. Le mostré lo que había comprado afuera del hospital; una toalla blanca, unas sandalias, una hoja de afeitar, jabón y champú. *Vamos a darte un baño.*

El hombre, de casi dos metros, se incorporó con mucho esfuerzo sobre la cama. Entonces lo vi, sentado en el borde, encorvado, sus músculos habían desaparecido, la bata de hospital caía de su hombro revelando una clavícula y un esternón, cubiertos por una delgada capa de piel escamosa. Los ganglios en su cuello estaban inflamados, unas ronchas rojas se asomaban, aquí y allá. No se parecía en nada al hombre que recordaba, al anarquista, sentado con la pierna cruzada, un pequeño vaso con mezcal en la mano, despoticando de las corporaciones y la política de Estados Unidos, ¡que se jodan!, decía, mientras se acercaba un porro de marihuana a los labios y *The Clash* sonaba en el fondo.

Estaba apenado, no había podido siquiera levantarse de la cama, se avergonzaba de haber tenido que recorrer en silla de ruedas los escasos cinco metros que separaban su cama del

baño común. Desnudo, sentado en una silla de plástico bajo la regadera, dejó que el agua caliente empapara su cuerpo. Yo, mirando el techo, trataba de darle algo de privacidad en los breves metros cuadrados que tenía el baño; miraba los azulejos del piso, un bote de basura lleno de gasas ensangrentadas, luego mi reflejo en el espejo medio empañado.

Le prometí que volvería el lunes, para hablar con el médico encargado acerca de su progreso, de cuándo lo darían de alta y de lo necesario para ingresarlo al programa público para enfermos como él. *¿Cómo estás?* Le había yo preguntado la tarde anterior. *¡Tengo el maldito virus del amor! ¿Cómo quieres que esté?*

De pie, junto a su cama, acariciaba su cabello y le decía que todo iba a estar bien. Le di un beso suave en la frente y él sujetó mi brazo, me miró con los ojos húmedos y me dio las gracias. Yo le sonreí lo mejor que pude.

Tè veo pronto, gruñón. Sé bueno con las enfermeras. Le dije, asomando por última vez la cabeza entre las cortinas. ¡Largo de aquí! Me gritó desde la cama con su mejor voz, mientras la enfermera preparaba para él la odiosa máscara de nebulizaciones. Estaba de un considerable mejor humor desde la tarde anterior. Me fui tranquila, sabía que, a partir de entonces, amigos y conocidos tomaríamos turnos para estar con él

hasta que recuperara las fuerzas y volviera a casa, a sus amadas aves y su taller de joyería.

Era el miércoles por la noche, yo estaba en un hotel en Ciudad de México, trabajando, cuando me enteré que a H le quedaban unas cuantas horas de vida. Después de una notable mejoría durante el fin de semana, había tenido una terrible recaída. Me inundó una enorme tristeza, pensé en la promesa que no pude cumplirle, volver a estar con él.

Me levanté de la silla del escritorio y me tumbé de rodillas frente a la cama. Sentí por primera vez en la vida una indescriptible necesidad de orar. Apreté mis manos juntas y le abrí mi corazón al universo; entre lágrimas le agradecí infinitamente haberme puesto en el camino de H, la oportunidad de ayudarlo, de haberle podido regalar unas horas de calma y alegría; le pedí perdón por no volver y le deseé paz a su alma. Esa noche dormí poco y mal, esperando la llamada que llegaría al amanecer.

LOS PÁJAROS NO HABLAN



¿QUÉ TE PASÓ? —Me miraba con curiosidad y algo de asco. Sus ojos se fijaban en el lado izquierdo de mi cara, entre el pómulo y la ceja, donde mi mano presionaba un montón de gasas.

—Tuve un accidente. —Respondí, después de meditarlo un par de segundos. —¿A ti qué te pasó? —Le solté de inmediato para evitar más preguntas.

—Me caí de la bicicleta. Mi papá le quitó las rueditas... —Me dijo, señalando su brazo vendado, como si supiera que yo, automáticamente, iba a entender todo el contexto de la situación.

—Ah, ya. —Asentí con la cabeza, mi mano todavía presionada contra la cuenca del ojo.

Desvié la vista hacia el techo. Un par de lámparas de halógeno titilaban débilmente dentro de una cubierta de plástico amarillento. Luego miré al suelo, el linóleo desgastado comenzaba a despegarse del zoclo de las paredes.

—¿Un accidente de coche? —Preguntó de nuevo, ahora mirando las manchas de sangre seca sobre mi sudadera y mi pantalón.

—No. —Dije, sonriendo un poco avergonzada.

—¿Entonces, también te caíste de la bici? —Arremetió de nuevo. Era evidente que no pensaba abandonar la conversación hasta saber qué me había pasado.

Una enfermera salió de la puerta al fondo del pasillo, y pasó frente a nosotras con prisa. La seguimos con la vista; ella ni siquiera notó nuestra presencia. De inmediato sentí la mirada de la pequeña volverse sobre mí.

—No me lo creerías. —Suspiré, finalmente.

—¿Por qué no? A mí nunca me creen nada, dicen que invento cosas, que tengo mucha imaginación.

—¿Dónde está tu mamá? ¿Tu papá? —Pregunté, intentando de nuevo desviar la conversación.

—Mi mamá está afuera. —Hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta blanca que nos separaba de la sala de espera de la clínica. —Dijo que iba a pagar una radiografía,

pero seguro está hablando en el celular con mi papá, para que le mande dinero.

—¿Dónde está tu papá? —Mi curiosidad ahora estaba tan despierta como la de ella.

—Está trabajando en el otro lado, o eso es lo que siempre dicen mi mamá y mis tías.

—Oh, vaya. —Dije, al no tener a la mano ninguna otra respuesta.

Luego un silencio.

—¿Duele mucho? De repente, sus preguntas ya no me incomodaban tanto.

—Pues... un poco, solamente. —Respondí, intentando sonar lo más ligera que pude, a pesar del dolor punzante, que ya no era dolor, era algo más que no tiene nombre; una amalgama de ardor, presión, calor y molestia. Vinieron a mi mente los «Humorismos tristes» de Luis Gonzaga. —Sí, me duele un poco, pero no mata el dolor...

—Él viene a visitarnos a veces. —Continué, como si yo no hubiera dicho nada. —Los Reyes Magos le dieron la bicicleta para que me la trajera. Llegó temprano en la mañana y me llevó al parque a enseñarme a andar en ella. Mi mamá dijo que estaba muy grande para mí, pero él le dijo que era mejor que yo aprendiera así, para cuando cre-

ciera. Luego vino otra vez, y le quitó las rueditas, y luego se volvió a ir.

Guardó silencio y me miró expectante. Era una especie de reto, un juego de “yo te digo para que tú me digas”. Respiré hondo y doblé mi apuesta.

—Bueno... —comencé, —yo estaba en mi casa, y entró un pájaro por la ventana.

Sus ojos se abrieron y sus pupilas se dilataron como las de un gato cazando a una lagartija.

—Entonces, el pájaro voló hacia mí y se estrelló contra mi cara.

Su boca se abrió también, ante la sorpresa.

—Su pico se clavó en mi ojo... Y me lo sacó.

Se revolvió, inquieta sobre el asiento, sus pies no alcanzaban a tocar el piso; sus ojos estaban clavados en la cuenca de mi ojo ausente, todavía cubierta por las gasas y mi mano.

—Y, ¿qué hiciste? —Preguntó de inmediato.

—Me asusté y grité, y el pájaro salió volando por la misma ventana.

—Y, ¿lo perseguiste?

—No. Me puse a llorar con el único ojo que me quedaba.

Por un momento, tras escuchar mis propias palabras, me quedé en silencio.

—Eres muy grande para llorar. —Me dijo, reprendiéndome.

—Los adultos también lloramos. —Respondí, ofendida.

Y apreté la bolsa que sostenía desde hace un rato bajo mi sudadera.

Ella miró mi mano bajo la tela, sospechando de qué se trataba.

—¿Ahí lo traes?! —Exclamó, sorprendida.

—¿Al pájaro? ¡No! —Solté una breve carcajada.

—¡No, tu ojo! —Dijo con impaciencia.

—Sí, es mi ojo.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Cuando dejé de llorar, salí al parque que está frente a mi casa, a buscar al pájaro, y lo encontré en un árbol, muy arriba de mi cabeza...

—¿Y le aventaste una piedra? —Me interrumpió.

—Sí lo pensé... —Respondí, enseguida —pero decidí mejor hablar con él.

—¡Los pájaros no hablan! —Dijo incrédula.

—No, pero entienden, igual que los perros o los gatos, saben lo que les decimos.

—Oh... —Se quedó pensando. —Y, ¿qué le dijiste?

—Le pedí por favor que me devolviera mi ojo, que lo necesitaba para ver, que me dolía mucho la cara y que si me

lo entregaba le iba a dar muchas semillas y agua para que comiera y bebiera.

—Y, ¿te lo dio?

—No, al contrario, se alejó todavía más, hacia las ramas más altas.

—Y, ¿entonces qué pasó? —Su cuerpo se mecía impaciente, le estorbaba el brazo sujeto al cuello con el cabestrillo improvisado.

—Me metí a mi casa. Y me puse a llorar otra vez. Lloré mucho, tanto que no pude dormir en toda la noche.

Ahora la niña me miraba con extrañeza.

—Creo que el pájaro me escuchó, porque a la mañana siguiente voló hacia mi ventana y ahí dejó mi ojo. Entonces, lo metí en una bolsa y vine acá, al hospital.

—Y, ¿te lo van a volver a pegar?

—¿El ojo? Eso espero. Aunque el doctor no me cree lo que pasó.

—A mí tampoco me creen, nunca. —Dijo ella, resignada.

—Yo sí te creo. —Contesté, con toda seguridad.

—Yo también te creo a ti. —Sonrió.

La puerta blanca se abrió y por ella entró una mujer apretando su bolso contra el abdomen, los ojos hinchados,

probablemente de llorar al teléfono hablando con su marido; detrás suyo, una enfermera. La mujer miró a la niña, luego a mí, luego de nuevo a niña, sin reparar en mi evidente herida.

—Vamos, hijita. —Se dirigió a la pequeña, con voz cansada. La enfermera aguardaba detrás de ella.

—Deberías regalarle tu ojo al pájaro, tal vez él lo necesita más que tú. —Me dijo la niña, incorporándose del asiento. Entonces, su madre y la enfermera me miraron, percatándose de la ausencia en mi rostro. —Puedes ponerte uno de esos, ¿cómo se llaman? —Hizo un gesto con la mano, cubriendo su ojo.

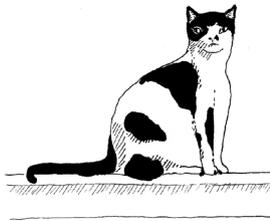
—¿Un parche? —Pregunté.

—Sí, un parche —respondió. —Deberías hacerte pirata.

—Lo voy a pensar —contesté.

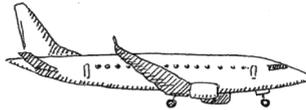
CAPÍTULO 3

RESCATE



SI YO TE DIJERA, QUE ESE MENTADO ANIMAL hace más por mí de lo que yo he hecho alguna vez por él. Cuando sale a pasear por las tardes, verás, me da mis vueltas; cada tanto tiempo le da por llamarme, viene gritándome desde la azotea y por las escaleras, y hasta que no le contesto no se calla. Viene y me busca y, donde me encuentre en la casa, se sienta frente a mí y me mira, como preguntándome, ¿cómo estás? Luego se me acerca ronroneando y frota su cara en la mía, se me sube y se acurruca en mi pecho. Yo creo que me ve bien jodida. Ahí se queda dos minutos y luego se va de nuevo a la azotea, como si nada, a hacer sus cosas de gato. Comienzo a pensar que él me rescató a mí y no al revés.

TURBULENCIAS



ESTIMADOS PASAJEROS, estamos próximos al aterrizaje... El ocaso inunda la cabina con un tibio resplandor naranja, el rumor constante de las turbinas del Embraer suena como una balada hipnótica, arrullando a los seres desvalidos que viajan en las entrañas de la bestia metálica.

Somnoliento, Isaac asoma la vista por el agujero ovalado junto a él. Desde que tiene memoria, prefiere viajar junto a la ventana; recuerda los viajes de su infancia en auto, su padre conduciendo, su madre dormitando en el asiento del pasajero, el sol persiguiéndolos por la carretera, los campos de sorgo y maíz tostándose, uno tras otro, las torres metálicas y los cables extendiéndose como largos pentagramas sin notas. Su juguete

preferido, un caballo de plástico llamado Silver, cabalga de su mano saltando cercas y alambrados, rebasando autos, camiones de carga y autobuses de pasajeros. Una voz cortada habla desde la radio del *LeBaron*, palabras inaudibles, luego estática.

Una ligera sacudida interrumpe su ensoñación, unas nubes delgadas se hacen girones en el cielo, acariciadas por la última luz del día. Luego otra sacudida más fuerte. Isaac se remueve en su asiento y mira al otro lado de la cabina, el sol que se resiste a morir se introduce en sus pupilas, haciéndolas arder. Apartando la vista, se retira las gafas y aprieta entre el pulgar y el índice el nacimiento de su nariz; el mismo astro que lo perseguía de niño en la carretera lo hace ahora por los aires. El indicador del cinturón de seguridad se enciende con su sonido característico.

Turbulencia, piensa. Y se imagina el aire haciendo remolinos bajo las alas del avión, perdiendo la compostura, un caos de moléculas causando esa pérdida momentánea de sustentación que hace a su estómago retorcerse. Luego su mente se transporta, tan rápido como la nave en la que viaja, y puede ver el aire moverse, deslizarse por los contornos de los objetos, como pinceladas.

La gente se amontona frente a la banda transportadora, esperando su equipaje. En una esquina de la sala, apartado de

la gente, Isaac mira el reloj en su muñeca, regalo de su padre. Son las siete con quince. Impaciente, roza con las yemas de sus dedos la tela de su pantalón, no puede esperar para salir de la sala de llegadas.

Ya en el estacionamiento del aeropuerto, vuelve a revisar su reloj, saca un encendedor y un paquete de cigarrillos de su mochila. Una fuerte bocanada de humo y luego una exhalación larga y lenta, el humo denso sale de su boca en una ráfaga recta que se difumina y se hace más grande conforme se aleja de sus labios, como una pluma de vapor emergiendo de una gran chimenea.

El cansancio pesa más que el equipaje. Atravesando el amplio aparcamiento del condominio, Isaac se detiene a medio camino, contempla sus zapatos sobre el adoquín, luego mira al cielo. Las puntas de los cipreses sobresalen del muro al otro extremo del gran patio, la luna llena brilla con un aura tenue de humedad, las estrellas titilan y unas nubes fantasmales se asoman tímidamente desde el horizonte. De nuevo se dibujan las pinceladas de aire a su alrededor, revolviéndose y enrollándose, la noche estrellada que se contamina con el resplandor de una ciudad aletargada.

Detrás de la puerta le espera un olor dulce y familiar, el ruido de unas patas apresurándose sobre la duela, el jadeo de

un perro aliviado de ver a su dueño volver tras angustiantes días de ausencia, el tintineo de unas llaves al depositarse en un cuenco de cerámica, el zumbido del refrigerador.

Por una fracción de segundo, Isaac siente la necesidad de exclamar un nombre. En la punta de su lengua se queda la palabra, dejando un sabor amargo. Sobre la mesa de la entrada, donde antes estaba un retrato de él y Rebeca, abrazados, felices, ahora solo hay una postal del coliseo romano en ruinas, en blanco y negro.

Recorre la casa, habitación por habitación, buscando evidencias; algún objeto desplazado, por lo menos un milímetro, alguna señal de ella, de su presencia. Pero todo sigue igual.

La tela fría del sillón protesta ante la fricción; desde el televisor, un narrador habla con voz monótona acerca del movimiento de los cuerpos celestes. A Isaac le causa gracia escucharlo, inevitablemente recuerda aquella vez en que su padre, sentado junto a él en el portal de la casa, le explicó por qué llevaba el nombre de aquel gran físico y astrónomo.

Y tal vez más por inercia que por voluntad, Isaac había terminado por convertirse en científico; condenado a ver el mundo desde el nicho de lo abstracto, a percibir el movimiento a su alrededor como producto de las leyes físicas, a desear embonarlo todo con números y fórmulas; encade-

nado a la tierra por decisión propia, mirando a los demás volar montados en su ignorancia. El conjuro de su nombre lo acompañaba a todas partes.

Aburrido, Isaac apaga el televisor. Un zumbido apenas audible permanece resonando en el aparato mientras contempla su silueta de pie en el espejo negro de la pantalla. Luego el silencio se apodera de la estancia, como un recipiente vacío que de pronto se llena de agua; mientras, él camina despacio contemplando los estantes de discos y libros algo empolvados.

El segundo movimiento de la séptima de Beethoven fluye desde los altavoces, flotando por la estancia, rozando cada esquina, cada marco, cada figura; patinando por el parqué. Distráido, Isaac acaricia la tela suave de los cojines, dibujando lemniscatas con las puntas de los dedos. Su mente vuela, sus ojos salen de sus cuencas y viajan por la habitación siguiendo el rastro de la música, como un insecto introduciéndose por los resquicios de la madera, volando a toda prisa entre las cortinas, hipnotizado por la luz de las lámparas, dando vueltas en el aire. De pronto, todo alrededor se vuelve oscuridad, y solo queda él, arrellanado en el sillón. Por un segundo, puede verse a sí mismo en medio de un manto de terciopelo negro.

«*No te vayas*». Escucha su propia voz quebrándose y sus ojos vuelven a colocarse en sus cuencas.

Una puesta en escena, como un espectáculo teatral cuyo único espectador es él. De nuevo puede verse a sí mismo, de pie, paralizado, con la mandíbula tensa, y expresión incrédula. Impotente ante la silueta de una mujer que se aleja cada vez más, cuyos rasgos se desprenden como hilos que viajan y revolotean alrededor de él, para dejarlo aturdido y solo, sin poder comprender lo que sucedía.

Sus rodillas se apresuran hacia el suelo como rebabas de metal siendo atraídas por un poderoso imán. Pierde la sustentación como un avión que se desploma ante la más grande de las turbulencias. La gravedad se multiplica y el aire abandona sus pulmones, sale a toda prisa por su garganta en medio de un gemido de dolor, siente como si miles de navajas cortaran su tráquea a su paso. Entonces las ve, las pinceladas brotan de su boca como serpentinas, se elevan y estallan como fuegos de artificio, dividiéndose, multiplicándose. De repente caos y asfixia se vuelven orden y concierto, las pinceladas de aire danzan en espirales que se hacen y deshacen, montadas unas sobre otras, formando olas y hermosas piruetas.

Extático y con los ojos llenos de lágrimas, Isaac contempla por un instante la belleza de su creación, su propio aliento

transportándose. Luego todo se detiene. El aire colapsa y se contrae súbitamente, las pinceladas se concentran y vuelven a él, precipitándose por su nariz y boca; su tórax se llena, como si se bebiera de golpe el infinito y todas sus estrellas. De nuevo, silencio y oscuridad.

Un atisbo de conciencia. Siente como si flotara en el líquido amniótico de un vientre inmenso, sin más noción que la de su propia sangre fluyendo, recorriendo hasta el último rincón de su cuerpo, retumbando en su cabeza y oídos como golpes de ariete.

Los sentidos se activan y comienza el proceso de volver en sí. La sensación pastosa en la boca, el fino *suede* del sillón, el olor dulce a madera, el brillo que atraviesa la delgada piel de los párpados, el sonido de la propia respiración.

El perro gruñe perezoso mientras se acomoda junto a Isaac, recargando la cabeza sobre su muslo. La cortina entrea-bierta deja pasar un haz de luz pálida; motas de polvo danzan como miles de pequeñas bailarinas bajo un reflector. A lo lejos se escucha el canto de algún ave entusiasta.

El amanecer trae consigo aire nuevo, un lienzo en blanco para plasmar al gusto las líneas de la felicidad, de la calma, o los trazos violentos del dolor, de la turbulencia. Esa mañana, Isaac decide que es momento de cambiar la cerradura de la puerta.

TURBULENCIAS

(II)



REBECA MIRABA NERVIOSA EL RELOJ en la pantalla de su teléfono celular, faltaban diez minutos para la hora. Aún había tiempo de escapar, escabullirse fuera del café y volver a casa, pero un extraño deseo la mantenía clavada en la silla de madera. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Sentía miedo y emoción al mismo tiempo.

Siempre tuvo la inquietud, o al menos desde muy joven. Recordaba la preparatoria observando pudorosa a sus compañeras cambiarse en los vestidores después de las prácticas de voleibol. O en la escuela de periodismo sentir el interés despertar por alguna compañera al calor de unas copas de vino.

A pesar de que ya conocía el timbre de su voz, se preguntaba si sería tan dulce en persona. ¿Cómo serían sus manos? ¿Cómo sería el olor de su perfume? ¿Tendría algún gesto curioso?

Buscó una vez más su fotografía en el aparato, como si quisiera memorizar cada línea de su rostro, para reconocerla, para detectarla al primer segundo entre la gente. No pudo evitar sonreír y acabó de convencerse de no huir.

A su campo de visión entraron unas manos, colocando una taza de café sobre la pequeña mesa redonda. Levantó la vista y se sonrojó un poco al notar la presencia del joven mesero que la saludaba y la miraba con atención. Quizá notó que estaba ensimismada contemplando la foto de otra chica. Quizá solo estaba siendo cortés.

Miró la hora una vez más, faltaban dos minutos. Se puso aún más nerviosa. Sintió que su cuerpo la traicionaba, todos sus músculos se tensaron y su estómago revoloteaba. Usando la pantalla apagada de su celular como espejo, se acomodó el cabello, la bufanda alrededor de su cuello. ¿Será demasiado? Se la quitó y la colgó junto a su abrigo sobre el respaldo de la silla. Revisó su blusa en busca de alguna mancha, quizá restos de pelusa, todo en orden. Se acomodó en el asiento y descansó el brazo sobre la mesa. *Actúa natural*, pensaba, mientras intentaba relajarse.

Miró la taza frente a ella, el barista había dibujado un corazón en la densa espuma de su *latte*. Sonrió con ironía. ¿Era posible enamorarse de otra mujer? ¡Enamorarse! Se reprendió por el solo hecho de haber pensado en la palabra. ¿Cómo iba a estar enamorada de ella si apenas se conocían? Odiaba anticiparse a las cosas, pero indudablemente terminaba haciéndolo. Como cuando había recibido aquel primer mensaje de ella, sin más antecedentes que su descripción personal y una fotografía de perfil en una aplicación de citas. Se imaginó teniendo largas conversaciones, abrazadas en el sofá bajo una linda cobija tejida. Imaginó risas y caricias, besos tiernos.

Y esa primera imagen no abandonó su mente, mientras más mensajes intercambiaban, cuando comenzaron las llamadas telefónicas; repetía la escena una y otra vez, cada vez con más detalle. Soñaba con conocerla, pensaba que verla en persona sería la definición, sabría con solo mirarla si ese sueño se materializaría.

Habían pasado ya tres minutos de la hora acordada. ¿Y si no llega? ¿Y si la vio desde la calle, a través del ventanal, sentada en aquel café y decidió que no deseaba conocerla? Comenzó a sentir ansiedad. ¿Cuánto tiempo debía esperar? Juraba que la gente en el café la observaba, que la miraban con lástima, que se notaba a leguas que la habían dejado plan-

tada. Luego sintió ira. Aprovechando que estaría sola ese fin de semana y que ella iría de visita a la ciudad, le había dicho a su prometido que asistiría a una convención de escritoras, que estaría muy ocupada. Llevaban semanas planeando su encuentro. ¿Cómo podría hacerle tal cosa? ¿Cómo podía hacerla quedar como una total estúpida? Tal vez era mejor dejar el asunto por la paz, aceptar la derrota y volver a su vida normal.

Y mientras decidía entre irse o quedarse, una voz dulce interrumpió su discernimiento. Era ella. Con una sonrisa apenada, se disculpó por el retraso. Rebeca se sintió aún más avergonzada de haber pensado las cosas con tanta fatalidad.

Torpemente, intentó levantarse de la silla para saludarla, pero ella se inclinó y le plantó un beso en la mejilla, luego la abrazó. Todo está bien, pensó. Ella tomó asiento a su lado y comenzaron a charlar, como si la conversación siempre hubiera estado ahí, suspendida, nunca interrumpida.

Miraba sus labios moverse, sus dientes que se asomaban al pronunciar cada palabra, sus gestos dándole vida a cada frase. Por fin podía olerla, su voz la envolvía, sus manos eran delicadas y se movían con gracia, su cabello era largo y sedoso, sus ojos estaban llenos de luz. Finalmente, cobraba vida la fotografía que tantas veces contempló. La escena que tantas veces repitió estaba completa.

Ahora quería más.

Se esforzaba por escucharla, no quería perderse ni una sola palabra que saliera de su boca. Pero deseaba tocarla, terminar de convencerse de que era real, que estaba ahí, en ese momento, con ella.

Se llenaron de caricias, recorrieron cada milímetro de sus cuerpos, cubriéndose de besos. Su piel era tan suave y su aroma embriagante. La cama era un campo de flores y sus respiraciones agitadas eran la brisa que lo hacía danzar.

Isaac, tenemos que hablar.

SABRÁS DE MÍ



SI ME INVITAS A TU BURBUJA, jamás te diré que no, porque existir ahí contigo es hermoso.

Y aunque el tiempo se ralentiza en ese lugar tan tuyo del que a veces soy invitada, nunca es suficiente. Siempre quiero quedarme ahí a tu lado, escuchándote.

Invitada en tu penumbra, en tus sábanas y en tu olor que no logro memorizar. Cada visita es un descubrimiento. Tú, paciente, me cuentas la historia de cada objeto que ahí habita.

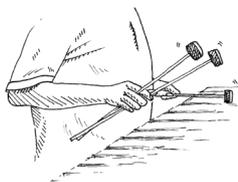
Me abrazas, te abrazo, juegas con tus dedos a hacer círculos en mis costillas, yo recorro tu brazo con los míos. Te acaricio el cabello y la frente, mis labios se acomodan justo sobre tu ojo.

Te cuento mis sueños, me escuchas medio dormida.

Quisiera no irme de ahí hasta que nos hayamos dicho todo, con verbos y sin ellos.

Quisiera algún día poder procurarme un espacio tan hermoso como ese.

SANDUNGA



SE MIRARON CON COMPLICIDAD INFANTIL. El aire húmedo y tibio se acomodaba alrededor de las lámparas del zócalo, creándoles un halo amarillento. La marimba llenaba la noche de notas dulces y tropicales, «*Ay, Sandunga, Sandunga, mamá, por Dios*». En el quiosco unos niños jugaban con globos y el humo de un habano ascendía espeso y se perdía entre las copas de los almendros.

Se tomaron de la mano y caminaron por los portales rumbo al malecón; atrás dejaron el Hotel Imperial, la cama destendida y el sudor todavía evaporándose entre los pliegues de las sábanas.

EROTISMO CONTEMPLATIVO



ESTRENEMOS LA COMPLICIDAD, saquémosla de su empaque prístino al calor de unos besos. Dejemos que el magnetismo acerque los cuerpos, que las pieles se toquen, sintamos el calor propio atravesando convectivo el espacio breve que quede entre nosotros.

Entonces te diré, en el arrebató de un suspiro, que salgamos a caminar. Tal vez me mirarás con extrañeza, creerás que he perdido la cabeza con tan rara petición. Hazme caso, déjame tomar tu mano y guiarte hasta el umbral de la puerta, todavía con el aliento pendiendo de un hilo.

Respiremos el aire limpio de allá afuera, escuchemos las pisadas acompasadas, primero, sobre la fina grava suelta, después sobre una alfombra de pasto tierno. Ascendamos por

una colina, detengámonos a abrazar cuanto árbol nos tope-
mos, escuchemos a las aves llamándose.

Lleguemos a la cima y apreciemos la danza de las espigas
silvestres antes de que se conviertan en cardos, miremos los
techos de las casas allá abajo, apreciemos el paisaje, como si
fuera nuestra propia creación.

Luego, ahí, hombro con hombro, rocemos el dorso de
las manos. Yo dejaré que intercales tus nudillos con los míos
y giraré distraída la muñeca para sentir nuestras yemas conec-
tarse, comunicarse, enviando señales eléctricas por los circui-
tos de las huellas dactilares.

Crucemos miradas y emprendamos el camino cuesta aba-
jo, volvamos a la guarida, tomándonos las manos. Atravesemos
de nuevo el umbral, pero esta vez cargadas de una nueva energía.

Y entonces, sí, retomemos el asunto, volvamos a besar-
nos con un aliento distinto, a mirarnos con ojos más abiertos,
a arrancarnos la ropa con ternura. Bailemos como espigas
silvestres al viento, descifremos el braille de nuestras cortezas,
contemplemos el ruralismo en los propios cuerpos, hagamos
crujir la madera y el latón.

Apreciemos sonrientes la hermosura de nuestros seres
renovados, con la certeza de haber descubierto un nuevo
juego previo.

BUENAS INTENCIONES



MI AMIGA MARCELA Y YO TENEMOS HISTORIA. Nos presentaron un día con la esperanza de que hiciéramos *click*. Es un cliché muy heterosexual pensar que dos personas homosexuales, por el simple hecho de serlo, automáticamente se van a gustar y a enamorarse perdidamente. Aunque el gesto de nuestros amigos en común haya sido generoso, por así decirlo, el camino al infierno está lleno de buenas intenciones.

Como era de esperarse, no hubo tal enamoramiento. Sin embargo, encontramos una en la otra un espejo de nuestros mejores y algunos de los peores atributos y terminamos por convertirnos en *compas*.

Marcela y yo teníamos el ritual de los martes. Religiosamente, nos citábamos en nuestro bar favorito, uno donde

sirven mal sushi pero donde la música y las micheladas son suficientemente buenas para pasar horas charlando de la vida como si no importara nada más. Ahí conocimos a Denisse, una linda chica que ocupaba la mitad de su jornada atendiendo las mesas del bar.

Una de esas tardes de martes, en esa aburrida ciudad, Marcela me confesó que le gustaba la mesera. Y ella no parecía ser indiferente a la simpatía de mi amiga, dedicaba especial atención a nuestra mesa y, cada vez que podía, se detenía a conversar un momento con ella, luego sonreía, se disculpaba, y continuaba con su trabajo. Respetuosa a los intereses de mi *compa*, yo guardaba silencio cada vez y me limitaba a asentir con una sonrisa discreta.

Pregúntale cómo se llama, me insistió Marcela. Y yo, bien intencionada, comencé a intervenir las conversaciones esporádicas para sacar un poco más de información para su conveniencia. Así fuimos conociéndola, nombre, edad, procedencia, algunos gustos.

En un giro inesperado de la historia, Denisse comenzó a sonreírme cada vez que pasaba por ahí. Sus visitas a la mesa se volvieron más frecuentes. *¿Todo bien? ¿Les hace falta algo?* Nos decía mientras colocaba su mano en mi hombro y luego, al despedirse, caminaba detrás de mí arrastrando

su mano hasta mi otro hombro, para después lanzarme una última sonrisa.

La escena se repitió unas tres o cuatro veces esa noche. Tímida, como suelo ser con las mujeres que encuentro atractivas, me ponía de mil colores y me entraba una tos nerviosa; Marcela se lo tomó con mucha ligereza. Una resignada y la otra aturrida, ambas encontramos la situación bastante cómica y la noche terminó, como todas las demás, con un abrazo de sororidad en el estacionamiento de la plaza.

Lo cierto es que la semana siguiente Denisse ya no trabajaba en el bar. Brindamos una última vez por ella y por su contribución a nuestra amistad y continuamos nuestra vida bohemia de los martes.

Tiempo después me la encontré, o ella me encontró, en otro bar. Se acercó a mi mesa y, para sorpresa mía y de los comensales (borrachines) que me acompañaban, me plantó un beso en la mejilla. *Hola Matilde, ¿te acuerdas de mí?* Yo no supe que decir, en verdad no la reconocía sin el delantal ni el uniforme del bar. Se veía muy diferente, bellísima. *Soy Denisse, del bar de sushi. Tú y tu amiga, ¿se llama Marcela? Estuvieron ahí una tarde y yo las atendí.*

Me encantaría poder decir que el desenlace de ese encuentro fue más que satisfactorio. Pero el destino y yo nos

tenemos un encono bárbaro: él se empeña en actuar a mi favor, contra mi voluntad, y yo me empeño en tener las habilidades sociales de un caracol. Me pregunto qué será de todas esas chicas que han estado ahí para presenciar el ascenso y la caída de Matilde Durón. Quisiera disculparme con todas y cada una de ellas.

Al fondo de un billar oscuro, Marcela y yo reímos al recordar esa y otras historias, mientras una cubeta de aluminio llena de hielo y cerveza escurre desde el centro de la mesa. Sardónicamente nos llamamos “El azote de las meseras”.

Horas antes, yo le había confesado a Marcela algo que me acongojaba desde hacía meses: su ahora expareja, Andrea, me había chupado la oreja el día de mi cumpleaños. Sí, tal cual, había llegado de la nada, se había guindado de mí y en una maniobra nada sutil me había dado un par de besos en el cuello para después soplarme y chuparme la oreja como a una Tutsi POP. Yo pensé que, bien intencionada, solo quería darme un abrazo de cumpleaños. Aunque pudiera parecer halagador, resultó ser de lo más incómodo, no solo porque la baba ajena no solicitada jamás es bien recibida, sino porque me colocaba en una posición bastante complicada. Fiel a mis principios, la aparté amablemente y

(de nuevo) ante la sorpresa de mis invitados (borrachines), volvió a arremeter contra mi indefensa y ahora húmeda oreja.

Con los codos sobre la mesa, Marcela y yo chocamos nuestras cervezas, refrendamos nuestra amistad y nos juramos lealtad absoluta, brindamos por Andrea y su maniobra a la que bautizamos como “La Andreinha”.

Vamos a Morelia, me dice. Yo le sigo la corriente, como siempre; nuestros encuentros están invariablemente llenos de “deberíamos ir a...”, “hay que organizarnos para...”, o en casos extremos, “vámonos a Ixtapa, ahorita, ya, en caliente”. Obviamente, nunca vamos a ningún lado.

La música a todo volumen, un *hit* noventero suena en las bocinas del pequeño *hatchback* negro, *Saturday night, I feel the air is getting hot, like you, baby*. Los vidrios abajo, el aire zumbando en mis oídos. Miro distraída cómo el sol del mediodía vuelve plateada la Laguna de Yuriria. *Me encantan los viajes en coche*, le digo a Marcela desde el asiento del pasajero. Cruzar los valles abajeños de Guanajuato a cien kilómetros por hora con una cerveza en la mano es lo más irresponsable que he hecho en mucho tiempo y me encanta la sensación, la abrazo, la atesoro.

Morelia es para muchos una ciudad hermosa, a mí no me gusta, me irrita la forma en que su gente conduce. Mi *compa* se divierte cuando “freno” inconscientemente, agarrándome de donde puedo y maldiciendo en alvaradeño antiguo cada vez que un coche o peatón imprudente se atraviesa.

Finalmente llegamos al hotel, desconocido por ambas, cuya planta baja aloja al Cine Arcadia, famoso por sus funciones “extremas”; en vez de marquesina tiene unas lonas con fotos sugestivas: hombres con bultos prominentes en la entrepierna y mujeres voluptuosas en poses sumisas. ¿Aquí es? No puedo disimular mi escepticismo. *Me dijeron que estaba céntrico*, se excusó Marcela. De nuevo, las buenas intenciones.

Yo echo un vistazo alrededor, no parece el mejor sector de la ciudad; unos policías conversan despreocupados en una esquina, con los pulgares metidos en las axilas de sus chalecos antibalas. Unos *cholos* sentados en la banqueta mueven la cabeza al ritmo del hiphop que brota de un altavoz portátil. De repente, una pequeña conmoción: desde el portal del Cine Arcadia una mujer muy morena, con un vestido sucio color beige, le grita a unos vagabundos que tomaban la siesta en la acera. Al ritmo de “hijos de su puta perra madre” los hombres emprenden la fuga, la mujer les escupe con una precisión asombrosa considerando los varios metros que los separaban.

Una escena exquisita, vaticinando un fin de semana rico en anécdotas. Nadie se inmuta, ni los empleados del cine, ni los policías, ni los *cholos*. Unos franeleros rapados y con algunos dientes faltantes se acercan a ofrecernos sus servicios, declinamos la oferta amablemente.

En la recepción vacía del hotel nos reímos del incidente. El sonido de agua desalojando un inodoro antecede la aparición de la recepcionista tras el mostrador, una mujer rubia, amable y sonriente.

La habitación 4 es sencilla, huele a jabón perfumado, una cama matrimonial, cuyo colchón a todas luces parece haber tenido mejores días, llena casi todo el espacio. Desde el minúsculo balcón llegan todavía las exclamaciones de la mujer embravecida, se le suma uno de los *cholos* gritando desde la acera. *¡Colombiano! ¡Colombiano!*

Llegamos a la villa Altozano, el jardín no me parece tan grande para el evento que se anunciaba. En la entrada nos regalan una soda de dieta y nos acomodamos en el pasto medio seco de una esquina, bajo una carpa de lona. Al fondo hay un escenario con un DJ entusiasta al que nadie le hace caso y que, de vez en cuando, intenta animar a su escaso público con unos alaridos dignos de un fantasma desafortunado

de la inquisición. Por el lugar corren niños y adolescentes, cubiertos de polvos de colores. Algunos adultos contemplan satisfechos a sus crías mientras comen hamburguesas al carbón y beben cerveza Heineken. *Parece tardeada de secundaria*, le digo a Marcela.

Entrada la tarde, el *quorum* se ha multiplicado y se ha vuelto más heterogéneo; estamos en el centro de la multitud donde la gente baila y los polvos de colores vuelan por el aire, azul, rosa, amarillo, verde, naranja, las finas partículas lo impregnan todo, entran por mi nariz y boca y me saben a una mezcla entre harina de *hotcakes* y Tix Tix de *Sonrics*.

Entre episodios de baile y saltos, Marcela y yo no paramos de reír, el DJ que ahora toca tiene las manos muy pequeñas pero eso no lo detiene de aplaudir y agitarlas para animar al público. Es un verdadero espectáculo.

Yo no sé quién fue el infeliz al que se le ocurrió construir un espacio para eventos con tan pocos baños. Tres inodoros para un aforo de al menos quinientas vejigas femeninas es simplemente un insulto. Después del trance de la cola infinita para el baño conocimos a Raquel. Estaba sentada sobre un pequeño muro, revisando su celular; buscaba al amigo que la había citado ahí, pero no lo localizaba. Decidimos adoptar a la tierna niña e incluirla a nuestro clan, se unió a nosotras

en el baile, la llenamos de polvos de colores y nos tomamos *selfies*.

Una de las más grandes decepciones de la infancia es mezclar, con la mejor de las intenciones, trozos de plastilina de muchos colores esperando obtener un arcoíris y terminar con una masa horrorosa color café verdoso y la inocencia desmoronada. Reviví ese trauma al anochecer, cuando me di cuenta que los polvos y el sudor habían tenido el mismo efecto: ahora parecíamos monstruos del pantano, cubiertas de fango verde y dulce arrepentimiento.

El amigo de Raquel nunca apareció. Cansadas de bailar y brincar, le damos la bendición a nuestra nueva sobrina y cuarenta pesos para irse a su casa y decidimos hacer lo propio volviéndonos al hotel.

Tras una cena prolija, el agua caliente de la regadera es un regalo del cielo; el tinte verde se resiste a desprenderse de mi piel y, cuando creo que por fin terminé, me miro al espejo y descubro con humor que he pasado de ser el monstruo del pantano a la vocalista de un grupo de electropop ochentero: los polvos se impregnaron alrededor de mis ojos y en mis párpados como sombras psicodélicas.

Admiro la capacidad de algunos de vomitar sin mayor complicación, como una boa que regurgita a su presa intac-

ta. Escucho a Marcela devolver su alambre de chuleta en un dos por tres, sale del baño fresca como una lechuga. En su lugar, yo habría tenido un paro respiratorio antes de poder expulsar por todos los orificios de mi cara la cena mal digerida y terminado temblando, abrazada al excusado, sobre un charco de mi propia dignidad. Por fortuna, mis tacos no me cayeron mal.

Calculo que son las tres de la mañana, miro al techo de la habitación, los huéspedes del cuarto arriba del nuestro se entregan a sus pasiones. Entre gemidos y rechinos, suena como si alguien corriera usando chanclas de hule. Pienso en todas las veces que he estado en esa situación, me refiero a la de ser espectadora involuntaria de los pudores y sudores ajenos, boca arriba, inmóvil, con la cobija hasta los hombros y la mirada perdida en el techo, imaginando lo bien que la pasan los otros. *Y una aquí, valiendo madres. Caracol. Buena onda. Pendeja.* Me río sola. Hecha un ovillo, Marcela ronca imperturbable.

¡Buenos días, Morelia! Grito desde el balcón de la habitación. *Vas y chingas a tu madre.*

De vuelta a casa, la carretera, el *hatchback* negro, la laguna plateada, la cerveza, el sol del mediodía, los éxitos noventeros.

Llevo en el corazón nuevos recuerdos vivos y en la mochila mis buenas intenciones con una bolsa pequeña de polvo Tix Tix.

PRIMAVERA



ALGÚN DÍA LES HABLARÉ DE LA MOROCHA, de cómo el universo la puso en mi camino sin decir más, como si hubiera dejado un paraguas detrás de mi puerta, como si hubiera echado a mi mochila unas pastillas para el mareo.

Después de una noche de charla casual y cerveza nos olvidamos la una de la otra, sin pena ni gloria, sin mayor remordimiento. Hasta que apareció una tarde en mi casa, unas diez mil doscientas horas después. Afuera comenzaba la primavera y las cigarras cantaban su desesperación. Adentro era invierno y yo me agazapaba en un rincón bajo la escalera, a la luz de una lámpara, protegiéndome de una tormenta y de mis propios demonios.

Sin anunciarse, ella abrió la puerta y entró como si nada. Traía consigo el sol, el viento suave y limpio con las hojas de los árboles y las aves; y se instaló en mi casa y la puso de cabeza. Abrió todas las alacenas, cambió de lugar todos los cojines, encendió todas las luces y abrió todas las llaves. Había hojas y ramitas por todo el piso, las golondrinas volaban de una habitación a otra, de los focos descendían enredaderas y el agua había formado un arroyo que pasaba junto a mi cama, bajaba por la escalera, hacía un delta en la cocina y terminaba por salir hasta la calle. La Morocha había llegado y con ella la primavera.

Me dijo “odio la lluvia”, mientras se ponía una flor en el cabello y, sin calma, comenzó a enseñarme nuevas letras en el alfabeto y nuevos colores en el espectro. Ella bailaba, iba y venía con su andar suelto pero firme, con sus talones retumbando en el suelo y sus caderas contoneándose rítmicamente, el balance perfecto entre volar y tener los pies en la tierra.

Intempestiva, se paseaba semidesnuda por el bosque tropical que ahora era mi casa y yo la miraba de reojo, ruborizada; lucía en la piel color cedro unos hermosos jeroglíficos, mementos de una vida paralela. Yo quería tocarla, oler su cabello y guardar el aroma para jamás olvidarlo, pero ella siempre fue más rápida, más ágil que yo.

Me asaltaba con preguntas hasta hacerme incomodar, sus ojos buscaban ansiosos respuestas en los míos y yo no hallaba dónde esconder la mirada. Me desnudó el alma en un dos por tres y yo, aterrorizada, creí que se marcharía al descubrir que todo lo que había eran los restos de un naufragio. Sin embargo, se quedó. Y sin juzgarme abrazó mis carencias y mis vacíos, pero no los llenó, no era su trabajo; simplemente me tomó de la mano y me arrastró por aquí y por allá, me llevó hasta la frontera de mis miedos y me empujó para cruzarla. Cada día con ella era un salto en paracaídas, cada vez desde más alto, felizmente incómoda.

Mentiría si dijera que no me enamoré. Y es que, ¿cómo no enamorarse de una persona así? ¿De alguien que nos ve como humano y nos recuerda que estamos vivos?

Yo no comprendía muchas cosas, quizá sigo sin hacerlo. A veces, yo la veía volar y mi ignorancia me hacía querer tirar de ella, atarle un tobillo, cortarle las alas, llenarla de piedras. Quería tomarla prisionera y guardarla en una caja oscura, donde solo yo pudiera contemplarla. Quería volver a hundirme en las viejas costumbres, y quería arrastrarla a ella conmigo.

Pero las golondrinas, si no vuelan, se mueren; las flores, sin agua y sin luz, acaban por marchitarse. No se puede atar al viento. Ella siempre logró escapar de mí, logró evitar que

le echara encima mi propio lastre. Yo me enfurecía y ella, paciente, se alejaba. Yo volvía indudablemente tras el rapto de ira, a buscar la calma inquieta que me provocaban sus ojos rasgados y su sonrisa de perlas. Jamás me pidió una disculpa, quizá porque jamás la merecí.

Es curioso, los seres como ella no están hechos para quedarse, mucho menos tienen tiempo para danzas platónicas. Esos seres se desplazan a voluntad, cambian constantemente, se pasan por la vida de las personas y arman revoluciones, golpes de estado en las mentes de aquellos afortunados a quienes visitan. Su legado es ese, dejar tras de sí una estela de alientos entrecortados, de bocas abiertas y ojos desorbitados, de piedras volteadas, hojas, ramas, arroyos y nidos de golondrinas.

Cuando tuvo que irse me aferré a sus piernas, odiaba la idea de que se llevara de aquí el verde y la vida y que volvieran el frío y la oscuridad. Fue cuando me di cuenta de que las enredaderas se enrollaban en los dedos de mis pies, alrededor de mis piernas, que el sol entraba por todas las ventanas, que las golondrinas se posaban en mi cabeza, y que el agua brotaba de mis ojos. Fue cuando me di cuenta de que no estaba enamorada de ella, sino de la primavera.

Entonces la dejé ir, y al hacerlo, la sentí más cerca que nunca. Así se siente soltar. Así se siente el amor sincero, el amor bonito.

Desde una orilla la vi alejarse, andando con soltura por un camino embovedado de árboles, con el viento en el cabello, levantando hojas a su paso, acariciando los campos dorados al pie de un volcán. Sentí cómo la corteza seca y agrietada que cubría mi corazón terminaba de caerse para descubrir una piel nueva y resistente. Sin mover los labios le auguré buen camino y todas las cosas buenas del mundo, que no se cansen sus piernas de andar, sus labios de besar, y que nunca se agote su primavera.

Pero, mejor otro día, con calma, les hablaré de la Morocha, de cómo el universo me puso un paraguas detrás de la puerta y metió unas pastillas para el mareo en mi mochila, porque se avecinaba una tormenta, porque estaba a punto de emprender un largo viaje.

Epílogo I

El invierno se ha marchado, para siempre, espero. La primavera se ha vuelto perenne en mi casa y yo llevo conmigo un poco a donde quiera que voy. La Morocha todavía me visita, de vez en cuando, y cuando lo hace me recarga de agua los

mantos y fertiliza mi mente; me cambia el paisaje, me rompe la rutina y la costumbre; los asomos de tempestad se despejan, y mis demonios acechantes se marchan despavoridos porque le tienen miedo, porque, aunque con ella nunca hay calma, su ruido es otro, uno alegre y lleno de vida.

Epílogo II

Llevo una cicatriz en la palma de la mano, la Morocha con sus juegos me la hizo de cumpleaños. Una línea extra en mi palma, que me recuerda que el destino se puede cambiar, que a veces no podemos solos y necesitamos ayuda extraterrenal. La Morocha fue mi luz blanca, mi abductora, mi *deus ex machina*. Yo la quise, la quiero y, quién sabe, tal vez la quiera por siempre.

NAVIDAD



DE ESPALDAS AL MUNDO, con el agua fría entumien-
do mis manos, los dedos se llenan de espuma al
fregar uno, dos, tres platos. Aparentemente ab-
sorta en la mecánica labor, pero con la mente volando tan
lejos. Sabe a soledad.

Siento unas manos que se acomodan en mi cintura,
luego avanzan y se encuentran, se entrelazan sobre mi om-
bligo. Después, tu pecho en mi espalda y tu respiración sobre
mi hombro. Me detengo, me congelo. Te haces aire, te haces
nada.

La fantasía que se repite casi cada noche, en la que fi-
nalmente nos arrancamos la vergüenza y nos abrazamos y
bailamos lento en medio de la cocina. Donde me tomas de

la mano y me arrastras hasta la alcoba, y finalmente saldamos nuestra deuda de besos.

A veces eres tú, a veces eres ella y, otras tantas, aquella. El deseo es el mismo. Los rostros y sus cuerpos y voces correspondientes, esos vienen solos. Las noches de invierno llegan llenas de nostalgia de amores pasados que nunca ocurrieron, de anhelos acumulados, contruidos, imaginarios, nutridos de soledad.

Ingenua, pienso que cuando se materialicen traerán consigo esa cura, ese licor sanador que tanta falta le hace a mi bien amado ser. Pues, verás, ya no pido tanto, solo una presencia para abrazar y soñar, para preparar el desayuno, leerle cuentos, escribirle poemas. Ojos para perderme y descifrar, oídos para cantarles y decirles que todo estará bien, boca que besar y contemplar mientras escucho la magia que emana de ella, hombros que besar por las noches, cabello que acariciar por las mañanas, pasos firmes que acompañar.

Ven y quédate un día o dos, o todos, o no te quedes, pero ven.

CAPÍTULO 4

EL DISFRAZ



ME PASA, QUE ME CAMBIO DE ROPA antes de ponerme a escribir. Introduzco los pies en unos calcetines azules con puntos blancos, que jamás uso porque tienen un agujero en la punta del dedo gordo y que jamás desecho porque temo que el señor de la basura los descubra y, con ellos, mis más grandes secretos...

Que tengo un amor bonito, que sueño con ella de vez en cuando y que en esos sueños sí me atrevo a besarla. La inclino en mis brazos como en uno de esos filmes de antaño y presiono mis labios sobre los suyos.

Que una vez a la semana me apoltrono en una silla pequeña pero cómoda a contar mi vida, esperando encontrar en mi propio discurso las respuestas que tanto he buscado.

Que me miro al espejo desnuda y lamento que mis glúteos hayan decidido marcharse una tarde de mayo, por ahí de mil novecientos lejos.

Que no me gusta conducir de noche porque alucino dunas de arena en medio de la carretera y caminos que se acaban abruptamente en precipicios negros. Que a veces me desoriento por fracciones de segundo y pienso que esta no es mi casa. Que uno de mis miedos más grandes es perder la razón.

Que veo fantasmas todo el tiempo, en una taza, en un poema, en la plaza, en la cama. Que anhelo el día en que me sorprenda la mañana y no haya nadie a quien extrañar.

Que aún le temo a la oscuridad.

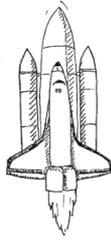
Que a veces no soy feliz.

Que soy un cliché.

...Para escribir me visto con solemnidad, como si fuera a trabajar. Me disfrazo de otro yo que no sabe de patrones, colores o texturas. Y como una orquesta afinando sus instrumentos antes de iniciar la sinfonía, el sonido de mis pensamientos llena la habitación: líneas completas, frases, adjetivos; el todo de mi próximo escrito, en completo desorden. Es el punto sin retorno, donde, sí o sí, tengo que sentarme a escribir eso que flota en mi mente, apenas sujeto por hilos.

Porque siento que si no lo hago nunca volverá a mí, porque me aterra que se esfume para siempre y entonces me quede sin historias que contar.

CIRUELAS



ERAN LAS CUATRO DE LA MAÑANA cuando llegó el cabo en turno a tocar mi puerta, diciendo que era importante, que de no serlo no me habrían mandado llamar.

... ¿Te acuerdas, Cochito, cuando nos íbamos de pinta de la escuela y nos trepábamos en los árboles a platicar del futuro? Tú decías que ibas a ser policía y yo quería ser la primera mujer astronauta de San Carlos. Te reías de mí y decías que esas cosas no eran de niña, que mejor pusiera un salón de belleza. Cómo traías el brazo todo moreteado por culpa de mis puñetazos y pellizcos. Y nos prometimos contarnos nuestras vidas siempre, en cartas, como lo hacían nuestros papás y nuestros abuelos... [21 de marzo de 2016]

Silvia acababa de dar a luz hacía una semana, el comandante de la zona me había dado unos días para acompañarla, para estar con ella y Estrellita. Se grabó en mi mente su rostro desconcertado cuando regresé a la recámara y comencé a vestirme el uniforme. Miré su silueta en la puerta de la casa con la niña llorando en sus brazos envuelta en una cobija. Yo me subí a la patrulla. Ella no dijo ni una palabra, no nos despedimos.

... Me apena no haber podido ir a tu boda, Cochito, pero estoy muy feliz por ti. ¿Quién iba a decir que ibas a terminar casándote con Silvia? ¿Te acuerdas de que nos metíamos detrás de la tienda de su papá a robarnos las ciruelas de los huacales? ¿Que nos escondíamos entre las cajas de detergente hasta que Don Amancio salía correteándonos con el matamoscas en la mano? Hasta que en unas vacaciones quien nos encontró en la bodega fue ella, Silvia, y te pusiste nervioso y ya no quisiste regresar a jugar ahí. Yo me molesté contigo, supongo que tenía celos, pero de amiga. Odiaba la idea de que alguna vez te enamoraras de alguna niña y ya no quisieras jugar conmigo... [18 de abril de 2016]

Llegamos a la casa, se veía luz en todas las ventanas, la puerta estaba abierta. Los vecinos se asomaban desde sus casas y unos pocos ya se estaban acercando, en pijama, despeinados y soñolientos; murmuraban entre sí mientras señalaban la casa

iluminada por la luz roja y azul de la torreta. Alguien también le había avisado al padre Francisco, él me estaba esperando en la entrada, junto a mi compañero.

... Ya vas a ser papá, Cochito, ¡No lo puedo creer! La verdad, cuando me contaste que te ibas a casar pensé que se habían comido la torta antes del recreo. Pero ya veo que no, que se portaron bien y se tomaron su tiempo. Yo creo que te sirvió mucho salirte del pueblo, cuando te fuiste a la Academia; mi mamá me contó que regresaste trajeado y hablando con mucha propiedad. Yo sí me di cuenta por las cartas que me mandabas que se te estaba quitando lo provinciano, hasta pensé que dejarías a Silvia por alguna chica fresca de la capital. Pero no, ella te esperó y tú regresaste por ella. Me da tanto gusto además que voy a poder estar ahí para verte con tu chiquillo, o chiquilla... [15 de agosto de 2016]

Por un momento deseé no ser quien era, ni estar ahí. Antes de pasar a la sala de la casa, los dos cabos se quitaron la gorra, solemnes; el padre puso su mano en mi hombro y la apretó con firmeza. Yo me sentía fuera de este mundo, mi mente estaba en blanco, no podía hilar ningún pensamiento. Sentía que era víctima de alguna especie de broma de muy mal gusto. Caí en la cuenta de que hasta ahora nadie me había dicho qué había pasado, solo me habían sacado de mi casa, de madrugada, dejando a mi mujer e hija solas; me habían

traído en un coche de la comisaría hasta la casa de Margot. De pie en el umbral, se confirmó aquel presentimiento que tuve desde el momento en que me despertaron los golpes en la puerta.

... ¡Es niña! Ya me imagino cómo la vas a traer, como a toda una princesa, la hija del Comisario, nada más y nada menos. Hasta Silvia se va a poner celosa, Cochito. Ya tengo muchas ganas de verte, en dos meses exactamente me estoy mudando a San Carlos, a la casa donde vivían mis papás. Me costó trabajo convencerlos, les da miedo la idea de que viva sola, pero me han visto bien y creo que eso les da tranquilidad. Ellos no quieren ir al pueblo conmigo, pero mi mamá ya tiene un cerro de regalos para Silvia y la bebé. A ver si me cabe todo en las maletas... [23 de noviembre de 2016]

Recorrí con la mirada cada centímetro de la sala, había plumas por todas partes, muchas, pequeñas y grises. Sobre uno de los sillones había un chal bordado, enrollado como si fuera un nido; dentro estaba la mitad de un tordo, le habían arrancado la cabeza y un ala. Unas gotas rojas minúsculas manchaban la tela. Sin duda, era un prelude grotesco de la escena principal.

... ¡Estrella! Qué nombre tan bello para una niña tan hermosa. Me hubiera encantado tomarles una fotografía, tú y Silvia en la cama del hospital, embelesados contemplando su creación. Me emo-

cioné tanto que se me salieron las lágrimas, pero no te diste cuenta, y qué bueno, las escenas de amor siempre me ponen así, melancólica. No salí buena para las relaciones, tú lo sabes, tampoco tengo el gen maternal. Supongo que a algunos se nos cierran esas puertas al nacer, como una especie de karma, una voz del destino que dice «Tú no, tú vas a ser astronauta» ... [14 de marzo de 2017]

Nadie está preparado para esas cosas, ni siquiera en la profesión de policía. En mi carrera había visto muchas imágenes, montajes, películas. La sangre, la infamia, la putrefacción. Pero no es lo mismo, nunca lo será. Lo que separa a la muerte del anónimo de la de un ser querido es el corazón de quien se convierte en doliente. Yo vi a Margot en el suelo de aquella sala, sentada sobre un tapete de lana, con la espalda recargada en la pared y la muñeca casi cercenada; con los muslos cubiertos de rojo y el mentón hundido en el esternón.

... Me gusta escribirte cartas, siento que así puedo decirte más cosas que cuando vienes a verme. En mi mente hay dos personajes: Cristóbal, el comisario de San Carlos, el hombre de familia, el ejemplo de todo el pueblo, que ahora me visita cada tarde al salir de trabajar y me trae ciruelas compradas; y Cochito, mi amigo de la infancia, el niño gordito al que le cuento mis sueños, que vive en algún lugar lejos de aquí, donde no pasa el tiempo, donde las ciruelas no saben a nada si no son robadas... [17 de marzo de 2017]

El sol ya estaba en su cenit y yo me encontraba de pie frente a mi propia casa. Aún no reunía el valor para entrar, no quería contaminar con mi desolación ese espacio tan puro, tan sagrado. Sin haber llamado a la puerta, Silvia salió a recibirme, aún tenía a la niña en brazos. Yo la abracé, besé su frente y con mucho cuidado la frente de Estrella.

... Hoy me desperté, Cochito, y, bueno, despertar es un decir, porque siento que todo el tiempo estoy soñando. Supongo que después de todo sí se me hizo ser astronauta, pues siempre ando en la Luna. ¿Sabes también por qué lo creo? Porque siempre me rodea la noche. A veces se me aclara el panorama, como cuando la Luna se asoma en pleno día, pero la mayor parte del tiempo es así, de noche, y el mundo se me hace tan pequeñito, y lo veo todo cada vez desde más lejos... [19 de marzo de 2017]

Por fin di un paso dentro de mi casa, y de nuevo me encontré en un umbral que me aterrorizaba. Sobre la mesa de la entrada había un sobre blanco y en su frente se leía, con letra muy pulcra, CRISTOBAL S. GONZÁLEZ.

... Estoy segura de que serás un buen padre, como lo fue el tuyo. Eres valiente y tienes un gran corazón, lo veo, Silvia lo ve también, por eso te ama. Nunca te lo dije, pero creo que tienes a tu lado a una mujer maravillosa. Bueno, ahora tienes dos. Cuida mucho a Estrellita, siempre que puedas hazle saber cuánto la amas. Y por

favor, nunca le digas que no puede ser lo que ella quiera, nunca le digas que por ser niña no puede montarse en un cohete e ir al espacio.

Te quiere, Margot A.

[21 de marzo de 2017]

LA ROCA Y LA BENGALA



UN DÍA DESPERTÉ EN MEDIO DE UNA TORMENTA, me di cuenta de que viajaba a solas y sin rumbo sobre un barco que había perdido el ancla y al que ya no le servía el timón; un navío sin tripulación, cuyas velas estaban rasgadas y cuyos cabos estaban reventados. El agua había comenzado a entrar y el naufragio era inminente. Miré alrededor y no vi nada, no había faros ni boyas que me guiaran, no había tierra a la vista, solo un infinito mar embravecido y negro. ¿En qué momento me perdí? ¿En qué momento dejé de buscar referencias en mi camino y me entregué a la deriva y a la tempestad?

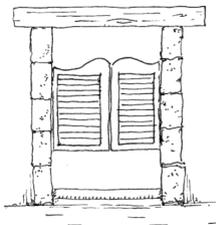
Consulté mi bitácora, buscando indicios del rumbo que había perdido, y descubrí que hacía mucho tiempo había de-

jado de registrar cosas en ella. Revisé hasta el último rincón de mi nave. Entonces recordé que había arrojado todo por la borda: los salvavidas, los mapas, el compás, el sextante, el catalejo. Todo lo que quedaba, entre la humedad y la oscuridad bajo cubierta, eran una bengala y una roca. Entonces, ¿qué iba a hacer?

Pensé en tomar un trozo de cabo, atar un extremo a mi cuerpo y otro a la roca, y lanzarme de una vez al océano y dejarme engullir por él, abandonar mi miserable nave con todos sus problemas y olvidar que alguna vez existió, que alguna vez existí.

Pero, por muy atractiva que resultaba esa idea, una extraña inercia me hizo ir en dirección contraria. Así que tomé la bengala, rompí su extremo y la encendí; comencé a agitarla en mi mano con todo lo que me quedaba de fuerza y de fe, esperando que alguien la viera, que alguien atendiera el llamado de auxilio y acudiera a rescatar mi nave, a rescatarme a mí.

LA VIDA SECRETA DE MATILDE DURÓN



EL MUNDO ES UNA CANTINA GIGANTE
Jueves por la noche y yo, *comme d'habitude*, me aventuro a la vieja cantina.

Me recibe la mirada de don Negrete, un educado gesto con la cabeza y una sonrisa, casi imperceptible. El hombre, bajito pero robusto, como un tronco recortado, observa detrás de la barra cómo sus comensales vamos llegando uno por uno.

No he terminado de cruzar el lugar, y él ya dispone para mí un cenicero y una cerveza *Victoria* sobre la vieja barra. «*Buenas, don Juanito, ¿cómo está?*» Detrás de unas gafas grandes, unos ojos pequeños y cansados me dicen mucho más que las palabras que salen de la boca de su dueño «*Sigo vivo, para bien*

o para mal». Sus respuestas nunca son las esperadas, y eso es parte de lo que me resulta fascinante de este hombre. Tiene la piel oscura y rojiza, su cabeza es grande y me parece que apenas cabe por el cuello del suéter luido que trae puesto. Cabello entrecano, cejas pobladas y unas gruesas patillas que llegan casi hasta la línea de su mandíbula. Vellos negros y blancos apenas se asoman en su rostro sin afeitarse.

Me acomodo en un banco frente a la barra, mis pies dejan de tocar el suelo.

«*¡Qué gusto, Matildita!*» Me saluda Feliciano desde un extremo de la barra, con su imperturbable buen humor. Él es abstemio, y solo viene a jugar baraja española con don Negrete. Trae una gorra en la cabeza, con la visera hacia atrás. «*¿Ahora sí te animas a jugar?*»

«*Quizá otro día*», respondo con una sonrisa.

El lugar está bien iluminado. En la pared hay retratos en blanco y negro de Pedro Infante, María Félix y, por supuesto, de Jorge Negrete, primo del abuelo de don Juanito. El tocadiscos rompe el silencio con alguna canción ranchera. En la pared detrás de la barra hay una pantalla muda que siempre muestra películas mexicanas.

«*Don Juanito, dígame otra vez, ¿cuáles son las reglas de la vida?*»

«*Para vivir en paz tengo solo cinco reglas*», don Negrete levanta una de sus gruesas manos, con la palma abierta, y con el dedo índice de la otra comienza el repaso. «*Observar. Escuchar. Pensar. Callar. Y respetar*».

«*Observar, escuchar, pensar, callar y respetar*», repito después de él. «*Se me siguen olvidando*».

Poco a poco, se van incorporando los demás personajes.

Esteban. Un joven tristón, vestido con un saco grande, que me hace recordar al personaje cómico Clavillazo. Debajo trae una camiseta y de su cuello cuelgan rosarios, escapularios y una piedra del tamaño de un puño. Calza zapatos deportivos blancos y al hombro carga un morral de yute. Huele a sudor, a alcohol y a derrota. Cabello corto despeinado, su cara redonda, grasienta e hinchada, unas mejillas escarlatas enmarcan su escaso bigote.

El Profe. Modestamente bien vestido, se sienta junto a mí al pie de la barra. Don Juanito le sirve un vodka *tonic* y conversamos sobre la historia de la ciudad. Me cuenta de las haciendas, de la revolución, de los indios y de sus antepasados.

El Gringo. Ataviado estereotípicamente: calzado deportivo, calcetas gruesas hasta las pantorrillas, bermudas caqui con bolsas a los lados, camiseta de algodón, gorro de explo-

rador y cangurera en la cintura. Bebe cerveza *Corhouna* con limón. Se sienta solo en una mesa cerca de la entrada.

El Risueño. Otro gringo, muy alto y esbelto. Desgarbado. Con la sangre tan ligera que pareciera flotar al caminar. Se acerca a cada uno y nos saluda con mucho gusto, como si fuéramos su familia. Al final de cada oración suelta una risa boba y estridente que nos contagia.

La Dama. Definitivamente, su cuerpo ha visto mejores días. Seguramente, su sonrisa se extravió en alguna esquina, pero el brillo en sus ojos es el de una mujer que conserva la ilusión de algo. Zapatos de tacón, medias satinadas, minifalda, una blusa escotada. Cabello corto teñido, y un rostro envejecido, oculto bajo una gruesa capa de maquillaje. Indiferente, camina hasta la barra, saca un pequeño espejo de su bolso y retoca el carmín de sus labios. Deja sus pertenencias sobre la barra, y con una mirada que esconde un intrincado y secreto código, le indica a don Negrete que las guarde para ella. El hombre atiende la orden sin chistar. No se intercambian palabras.

La Bella. Su entrada a este recinto del beber nunca pasa desapercibida. Exótica, luce unas piernas largas y torneadas, enfundadas en unas botas de piel. Vestido corto y muy entallado, abundante cabello largo, sedoso y brillante. El esmero

en su arreglo rinde frutos, nos hipnotiza a todos con su gracia y desenvoltura. Casi ni nos fijamos en su espalda ancha, sus brazos musculosos, su prominente manzana de adán y ese verdor grisáceo en sus mejillas y mentón. Se pone junto a la única ventana y contempla la calle, despreocupada. Mientras los demás la contemplamos a ella.

El resto del elenco llega a su hora. El grupo de jóvenes que salen de trabajar y buscan relajarse. La parejita que se sienta en una mesa apartada para proveerse de arrumacos. Los hombres de negocios que celebran el cierre de un trato, o se enjuagan el sabor de una mala jornada.

Y, finalmente, el Griego.

Él es, sin duda, mi personaje favorito. Un hombre tan bajito como magnífico. Las arrugas recorren su rostro como grietas, cañones que se conectan entre sí y cuentan la historia de una vida entera en busca de la felicidad. Carga el aroma de quien pasa las jornadas trabajando en una cocina. Su español es vasto y su acento es inconfundible. Ama hablar de filosofía y se involucra en discusiones enérgicas con don Negrete acerca de Dios y el destino del hombre.

Y así comienza la sinfonía. Una música diferente: el sonido de voces, risas y lamentos se acompasa, se hace homogéneo y flota en el aire, amalgamado por el humo de cigarrillos.

Esteban se acerca a mí y me invita a bailar una canción de salsa. Después nos pide dinero a todos para comprarse otra cerveza. Se fuma uno que otro de mis cigarrillos. «*Ese pobre muchacho, no se parece en nada a su padre*», se lamenta don Negrete.

Después de cuatro copas, el Profé ocupa su lugar en la mesa detrás del tocadiscos, solo. Y se queda dormido sobre su brazo.

El Gringo me invita a su mesa, declino educadamente la invitación y él me regatea queriendo invitarme una cerveza. De nuevo declino y vuelve a su sitio, abatido.

En algún momento reúno el valor para hablarle a La Bella. «*Lindas botas. Tè quedan muy bien*».

«*Gracias*», responde en un tono grosero, como si mi comentario le resultara burlón.

«*Lo digo en serio*», trato de suavizar la situación. «*Tienes lindas piernas. En cambio, yo, no me vería nada bien. Mis piernas son cortas, y chonchas, como las de un pony ¿sabes?*» La tensión se aparta de su rostro y me regala una sonrisa genuina, espontánea. Qué criatura tan hermosa, pienso.

Don Negrete me cuenta una vez más la historia de cómo envenenaron a don Benito Juárez. «*La esposa de un general lo invitó a su casa y le dio té de veintiunilla, la yerba se llama así porque*

a los veintiún días de que la tomas, te mueres». De vez en cuando levanta la mirada, escanea el lugar como un lobo vigilando sus dominios. Está al pendiente, sabe quién entra y quién sale.

La Dama conversa aburridamente con el Gringo. El premio de consolación, pienso, mientras el Risueño adorna el ambiente con sus carcajadas.

Inevitablemente, después de unas cervezas el Griego se pone triste. Bueno, es un decir, porque triste siempre está, solo deja que su tristeza tome las riendas y dirija sus pasos entre la noche. Deja a Platón y a Cristo de lado y me habla del desamor, de la soledad, del vacío eterno, de no poder ser. Me habla con eufemismos, pero me revela muchas cosas. Toda la vida bajo la sombra de alguien más, siempre mejor que él. Toda la vida cumpliendo la norma que su condición de hombre establece. Toda la vida sin poder amar de verdad, sin poder ser él mismo. Perseguido por sus propios miedos y una sociedad intolerante, acostumbrado a vivir en una jaula. Me pregunto si algún día se dará cuenta de que siempre ha sido libre.

«*Yo estoy muy solo, muy triste*», dice. Y sus ojos se llenan de agua.

«*Eres una mujer ‘marraviosa’, deja de beber*» me implora, mientras señala las botellas vacías que se acumulan frente a

mí. Y me clava sus ojos verdes, como diciendo: mírame, escúchame, te lo digo yo que estoy en esto desde mucho antes que tú. Yo ya no tengo remedio, pero tú sí.

El Profe despierta de su siesta y se incorpora para salir en silencio del lugar. Yo le doy el último sorbo a mi cerveza y me despido de don Negrete con un fuerte apretón de manos, «*un placer, como siempre, don Juanito*». Me despido del Griego con un abrazo, «*cuídate mucho*».

Esta será la última vez que acuda a ese templo, donde la gente se desprende de la rutina, de las pretensiones, para revelar la piel verdadera. La torre de Babel, donde convergemos todos, ricos y pobres, empoderados y desprotegidos, abstemios y alcohólicos, resilientes y desesperados. Un rebaño de gente bajo la mirada vigilante de don Negrete. La cantina es la representación del mundo en un diorama de madera y vasos medio llenos, o medio vacíos, dependiendo del espectador.

Yo me voy y los dejo con su tristeza. Pero me voy satisfecha de haberme aventurado, someramente, a ese mundo tan fantástico, precisamente por ser tan humano.

EL CABALLITO DE PARANGARICUTIRO



SÁBADO
Conducía yo por los límites entre Guanajuato y Michoacán, pensando, como siempre, en la inmortalidad del cangrejo. ¿Cómo hacen la leche de coco si los cocos no tienen chichis? Me río de mi propio chiste. Ajusto la ventilas del aire acondicionado, ni tan arriba para que no me reseque los ojos, tampoco muy abajo para que no me dé frío en las manos. Mi música favorita suena en las bocinas del sedán color vino, sigo el ritmo con las puntas de los dedos sobre el volante, estiro un brazo para alcanzar mi termo con café. La vida es buena.

En algún punto, avanzo detrás de un gran camión que transporta cerdos. Cuatro pisos de jaulas llenas de esos nobles

animales. Para aquellos que por alguna razón no lo saben, Michoacán es famoso por sus aguacates, sus grupos de autodefensa y, por supuesto, por sus carnitas, las mejores del país. Debes estar en el camino correcto, sigue al camión de cerditos y seguro llegarás a Michoacán.

Más tarde ese día, estoy sentada en el fondo de una iglesia en el hermoso centro de Pátzcuaro, resguardándome de la lluvia, hermosos arreglos de colores otoñales cuelgan de las paredes. Frente al altar, una joven celebra la eucaristía por sus quince primaveras, su familia la acompaña sentada en las bancas, el sacerdote da la homilía.

Domingo

Abro los ojos, en el techo hay un candelabro, cierro los ojos. Estiro las piernas y los brazos, me retuerzo entre las cobijas y los cojines de una sabrosa cama mullida, respiro hondo. No puedo creer que finalmente estoy de vacaciones. Salgo de la cama y camino hasta el pequeño ropero para vestirme.

No entiendo por qué la gente se pone ropa para irse a la cama, si dormir desnudo es uno de los mejores placeres mundanos. Me divierte pensar qué voy a hacer si un día, por una emergencia, tengo que abandonar mi casa en medio de la noche, en pelotas. Me imagino la escena: la madrugada,

los vecinos amontonados afuera del edificio, contemplando la destrucción mientras el brillo naranja de las llamas ilumina nuestros rostros, ruido de sirenas, los bomberos corren de un lado a otro con mangueras y escaleras. Una amable viejecilla me acerca un cobertor San Marcos, con el diseño de un tigre o de un caballo salvaje corriendo por una pradera. Ten, m'ijita, tápate tus inmundicias.

Cada vez que pienso en eso hago una nota mental para tener siempre a la mano un camisón, por si hay que salir huyendo. ¿Por qué un camisón? ¿Por qué no un pijama de seda? ¿Por qué no un *babydoll*? Ése último está reservado para cuando la policía llegue a mi mansión a interrogarme por el misterioso asesinato de mi esposo millonario. El porqué de mi atuendo para la emergencia atiende a fines tanto prácticos como de interpretación; el camisón es una prenda fácil de ponerse cuando los segundos son vitales, además, nada le viene mejor a una damita en apuros que un camisón de Hello Kitty.

Estudio mi cara frente al espejo del tocador, me limpio las lagañas, me acomodo el cabello. Los anfitriones de la casa me esperan para desayunar. Sobre la gran mesa ya hay café, jugo, fruta, pan dulce, y una agradable conversación. Imposible hacerle un desaire a tan acogedora bienvenida.

Tomar una ducha en un baño ajeno siempre resulta anecdótico. Nunca sabes cuál es la llave del agua caliente, así que ahí estas, desnuda (de nuevo) esperando a que salga la preciada agua para darte cuenta, un par de minutos después, que era la llave equivocada. Qué desperdicio. Un jabón pequeño y un sobre de champú tendrán que servir. Añoro mi regadera, con la presión perfecta de agua, con su docena de productos, para la cara, para exfoliarse, para el cabello, para salva sea la parte, y con su cementerio de botes vacíos en una esquina. Me enjabono, y para cuando llego al ombligo, el jaboncito ya se terminó.

Agarro mis bártulos y me preparo para zarpar, echo al maletero una mochila y unas botas de trabajo, pesadas y apesotosas a naftaleno. Nunca se está suficientemente preparada cuando una se dispone a subir a la cima de un volcán.

Bienvenidos a Uruapan, tierra que enorgullece. No puedo contener la emoción, seguramente habrá gente sonriente con enormes palas de madera, revolviendo cazos de cobre gigantescos con deliciosas carnitas nadando en manteca burbujeante; cerditos y gente por aquí y por allá, todos felices con un taquito en la mano.

En realidad, la ciudad no se parece en nada a la utopía de colesterol que me imaginaba. La gente maneja terriblemente,

las calles están llenas de baches, todos están malencarados y no hay ningún cerdito corriendo por ahí, mucho menos taquitos. Qué fatalidad.

En la entrada de un pequeño pueblo llamado Angahuan, me detengo al lado de un hombre que lleva una gorra de los Yankees de Nueva York. Buenas, ¿pa'llegar al volcán?, pregunto, de la forma más coloquial que puedo, no vaya a ser que me confundan con turista.

En la siguiente escena el hombre de la gorra monta un caballo blanco que galopa a toda prisa, serpenteando por calles estrechas y sin pavimentar. Yo, al estilo de Colin McRae, lo persigo en el sedán color vino, sorteando con mucha destreza piedras y lodazales. No era eso lo que tenía en mente cuando me indicó que lo siguiera hasta el campamento, pero debo admitir que fue bastante divertido. Considero seriamente dedicarme al *rally*.

Ya en el campamento, el hombre de la gorra me asegura que me traerá a su mejor guía, él es el bueno para llegar hasta arriba. Yo me preparo para la aventura, me calzo las botas apestosas y me echo la mochila al hombro. Mientras espero, sentada sobre un pequeño muro de mampostería, veo pasar a turistas y guías, montados sobre tremendos caballos, nalgonés, grandotes. Yo quiero uno de esos. Me imagino montada

en un hermoso corcel, un caballo bayo, llegando triunfante al pie del volcán Parícutín.

A lo lejos, el hombre de la gorra me hace una seña, trae por las riendas a dos caballos que no se parecen en nada al de mi fantasía equina. ¿Mis ojos me engañan? ¿Será la perspectiva? Ciertamente, no. ¿Por qué? ¿Por qué no puedo tener nada chido? Me lamento mientras camino a su encuentro.

Oiga, ¿y sí van a aguantar? Le pregunto al hombre de la gorra mientras examino al cuadrúpedo enclenque frente a mí. ¿No tiene otros más grandes? Digo, en voz muy baja y entre dientes. Él me asegura que son los más aptos para la tarea. Acaricio la frente del menudo animal y lo miro a los ojos. Lo lamento tanto, amiguito.

A regañadientes, pongo el pie izquierdo en el estribo de la montura, mi rodilla ahora está a la altura de mi pecho; con la gracia y sutileza que me caracteriza, me impulso, sujetándome del fuste, paso la pierna derecha sobre el lomito del animal y me dejo caer pesadamente sobre la silla, exhalando un gemido grave y ronco. Aquí vamos.

Convencí a mi guía, Quirino, de que nos detuviéramos a comer algo antes de subir al volcán. Puedo ser muy persuasiva cuando se trata de comida. Andamos despacio por una vereda

entre árboles altos y frondosos, mi caballito avanza sin dificultad y me recuerda a esos paseos de domingo en familia, cuando tus papás rentaban para ti un poni por un cuarto de hora para dar la vuelta en el parque. De repente la vereda se abre y dejamos atrás el bosque, a ambos lados se extiende un valle hermoso de arena negra, con parches de pasto fino y árboles bajos. El cielo está nublado, se respira un aire limpio y fresco. Mi pequeño poni decide adelantar su hora de comer e ignora las órdenes de mis manos en las riendas, mientras se aparta de la vereda y se adentra a un pastizal. Y ahí estoy, en medio de un claro de hierba, montada sobre un caballo voluntarioso que me queda chico. Esperando a que Quirino me rescate.

Llegamos a una cabaña, unos hombres se terminan una cerveza en el porche, por la ventana sale humo que huele a leña y a tortillas recién hechas. Buenas, ¿qué tiene de comer? Le pregunto a la mujer joven que atiende amablemente detrás de la estufa. Quesadillas, carnita de puerco en salsa verde..., me responde, sonriente. La forma en la que dijo carnita de puerco sonó como música en mis oídos, ni siquiera presté atención al resto del menú.

En la mesa, ella pone frente a mí un plato con carnita de puerco y frijoles (bayos, como el caballo que nunca tendré) y una canasta con tortillas azules de maíz; pero no pone

cubiertos. En mi vida de aristócrata jamás había estado en semejante aprieto. Piensa, Matilde. Después de estudiar un poco la situación decidí improvisar y mis amigas las tortillas me sirvieron como rústicas cucharas para el almuerzo más dichoso que había tenido en mucho tiempo. Está de más decir que la carnita estaba deliciosa. Le insisto a Quirino que pida algo de comer, no quiero que mi guía se desmaye en plena excursión; él es un hombre esbelto y menudito, a medida del caballo, anda despeinado y con cara de que no ha dormido bien en años. Él acepta gustoso la oferta y se sienta a la mesa.

De vuelta en el camino, mi pequeño poni decide que ya fue suficiente de andar lento y comienza a trotar. Yo, como buena chica de ciudad, haciendo gala de mi inexperiencia en esa materia, comienzo a rebotar en la silla. Mi trasero golpea el cuero curtido de la montura haciendo clap-clap-clap al ritmo del trote, yo me pongo de mil colores. Qué oso. Quirino me explica que tengo que apoyarme en los estribos y aventar el cuerpo hacia adelante para evitar que eso pase, incluso ajusta la altura de los estribos para que pueda apoyarme mejor. Esto se va a poner bueno, pensé, anticipando el dolor de cadera y entrepierna.

Ascendemos por una pendiente pronunciada, mi pequeño poni viene bufando, puedo sentir su tórax expandirse

y contraerse entre mis piernas. Pobrecillo, estoy a punto de bajarme y empujarlo. Han pasado un par de horas desde que salimos del campamento, las nubes sobre nosotros comienzan a tronar, y eso no puede significar nada bueno. Miro hacia atrás, el valle del principio parece tan distante, ahora andamos entre dunas de arena negra y grandes atolones de lava petrificada, frente a nosotros se yergue la figura del joven Paricutín.

De repente, mientras cruzamos otro pequeño valle, una ráfaga de viento helado nos golpea a un costado; Quirino se apresura y me alcanza con su caballo, desamarra un impermeable de la parte trasera de la montura y me lo extiende, ha comenzado a llover. Lucho por ponerme el impermeable de lona gruesa color beige militar, mientras el viento sopla con fuerza, la lluvia empaña mis gafas de sol, y a mi pequeño poni le da por trotar de nuevo. Apenas termino de ponerme el impermeable, trato desesperadamente de controlarlo; cuando lo logro, me quito las gafas y entonces un puñado de pequeñas canicas de hielo me golpea la cara, ha comenzado a granizar.

El viento insiste en volarme el gorro del impermeable, para entonces mi cabeza está empapada. Por si las condiciones meteorológicas no fueran calamidad suficiente, comienzo a

sentir ardor en los ojos, el bloqueador de sol que me había puesto horas antes, escurría hasta ellos y yo apenas podía abrirlos. Ciega, mojada, golpeada, me resigno a que mi pequeño poni sea quien me guíe por ese valle de lágrimas. Él ya conoce el camino, pienso, para consolarme.

En un cobertizo improvisado al pie del volcán, nos disponemos a resguardar a los animales. Bájese, me indica Quirino. Cuando intento desmontar, me doy cuenta de que mis piernas, además de mojadas y frías, están entumidas. Me balanceo sobre la montura, paso la pierna derecha sobre el lomo, desciendo. En cuanto mi pie derecho toca el piso, siento un dolor punzante en el tobillo, la rodilla y la cadera, entonces mi pie izquierdo se atora en el estribo, al igual que mi pantalón y por si fuera poco, viene una ráfaga de viento que levanta mi impermeable y me tapa la cara. Así es como muero, pensé. Y ahí me encuentro, mojada, adolorida, con el rostro cubierto, con un pie en el suelo y otro irremediamente atado a una bestia caprichosa. ¡Vaya predicamento!

De pie, contemplo una de las caras del volcán, no se ve tan grande, pienso. Una pirámide negra, sin punta, con una franja vertical que la parte en dos por el medio, a los lados de la franja crece un pasto verde amarillo.

Sin importar las vergüenzas que hasta ahora he pasado, mi fuerza de voluntad permanece inquebrantable. Dejamos atrás los caballos y mi dignidad y comenzamos el ascenso, Quirino me guía por una ladera rocosa hasta unos respiraderos, donde formaciones de roca color coral simulan un arrecife a dos mil metros sobre el mar. Columnas de vapor caliente brotan de agujeros en la tierra, se puede escuchar la ebullición debajo de la tierra. A ver, súbase a aquella piedra, le voy a tomar una foto. Sorprendida por la iniciativa de mi guía, atiendo sus sugerencias. Ahora suba la pierna en aquella otra piedra, le voy a tomar una desde este ángulo para que se vea el volcán. Ahora póngase por acá y mire a la cámara. ¿Quién hubiera pensado que Quirino tenía tan buen sentido fotográfico? Uy, esta foto salió bien bonita.

Seguimos por la ladera, me cuesta trabajo avanzar sobre las rocas sueltas. ¿Todavía quiere llegar a la cima? Me pregunta el hombrecillo. Yo alzo la mirada hacia la cumbre, suspiro y lo miro a él. Vamos a calarle. Continuamos avanzando sobre una pendiente bastante pronunciada. En este punto, mi corazón late con tal fuerza que siento que se me va a salir del pecho, mis pulmones no se dan abasto, siento el sudor correr por mi espalda. Avanzo unos veinte metros y me desplomo sobre

las piedras. Quirino me lleva la ventaja por otros cincuenta metros, su destreza me hace pensar que para él es como un paseo dominical, sin mayor dificultad.

Sentada en la ladera, intento recuperar el aliento, le hago una seña a Quirino para que me espere, él me contempla desde la distancia. Tomo unos sorbos de agua y observo el paisaje alrededor, ya llegaste hasta aquí, me repito, para darme ánimos. Me duelen todas las articulaciones, mis músculos tiemblan y se contraen involuntariamente. Finalmente, reúno las fuerzas para ponerme de pie y seguir avanzando.

La escena se repite, aproximadamente cada veinte o treinta metros durante el ascenso. Jesús de Veracruz, exclamo cada tantos pasos. Maldigo a las pequeñas rocas sueltas que me hacen retroceder dos o tres pasos por cada uno que logro dar. Por momentos, me sale fuerza de algún lugar y comienzo a avanzar a toda prisa, echando el cuerpo hacia adelante y apoyando las manos sobre mis rodillas, solo para desplomarme unos pasos más adelante.

Des-pa-cito... La fatiga, o la falta de oxígeno, me juegan esa espantosa broma y en la banda sonora de mi mente suena la canción del verano. Pues sí, despacito, así es como terminaré llegando a la cima. Nada como un poco de sentido del humor para los momentos difíciles. Ya falta menos, mire,

tenemos que llegar hasta aquella roca. Y vuelvo a motivarme para ponerme de pie y continuar.

¡Lo logré! Exclamo, con el aliento entrecortado. Ahí, en la cima, se me olvidó el dolor, la fatiga, la falta de aire. Me siento como una niña pequeña, arrojo la mochila sobre una roca y corro hasta el borde del cráter para contemplarlo, me doy vuelta y con una sonrisa satisfecha le digo a Quirino, tómame una foto. Es indescriptible la alegría y satisfacción que siento, había sido un reto enorme, que implicaba muchas cosas. Pienso en todo lo que había pasado para que yo estuviera ahí, en ese lugar, en ese momento. La vista más majestuosa que he tenido hasta ahora se extendía bajo mis pies: el valle a lo lejos, el manto de lava que se extiende kilómetros, las nubes grises que de pronto dejan pasar rayos de luz blanca que se proyectan sobre la superficie, montañas vecinas, aves volando, el aire más limpio del mundo y una paz y un silencio dignos de atesorarse. Estoy en la cima de un puto volcán, me repetía, incrédula.

Ahora, vamos a bajar por el camino fácil. ¿Qué? ¿Había un camino fácil? Todo este tiempo, ¿y no me había dicho que había una manera fácil de subir? Quirino se ríe de mi expresión incrédula. Métase las botas debajo del pantalón, o se le va a meter la arena.

Decir “camino fácil” era un eufemismo. Desciendo por una ladera de gruesa arena volcánica, tan empinada que tengo que echar el cuerpo hacia atrás para evitar caer y rodar hasta el pie del volcán. Mis piernas se hunden en la arena hasta las rodillas, no tengo donde apoyarme y a veces caigo de espaldas sobre la arena y resbalo como una tabla por unos metros. Por supuesto, Quirino cubre la distancia entre la cima y el pie del volcán en cuestión de minutos, dejándome a mi suerte. En algún punto, veo una vereda de hierba paralela al tobogán de arena en el que me encuentro, una mujer camina campante sobre ella, se dirige a la cima del volcán. ¡Buenas! Me saluda sonriente, yo no veo ni un rastro de fatiga en su rostro. Me lleva la chingada.

En los cobertizos al pie del volcán, Quirino conversa en purépecha con una anciana. Me ofrezco a comprarle una bebida, él acepta la oferta y pide una cerveza. Vaya, vaya.

Agachada, haciendo pipí en una letrina horrorosa, añoro mi palacio de verano, con sus baños de porcelana y sus sirvientes. Recuerdo que el objetivo de este viaje era, entre otras cosas, para salir de mi zona de confort. Bueno, ahí lo tienes.

Montada de nuevo en el lomo de mi pequeño poni, con todo el dolor de mi cuerpo y de mi corazón, emprendo el viaje de vuelta al lado de mi fiel escudero, Quirino. ¡Agá-

rrere, que va a saltar! Me grita el hombrecillo, dos segundos después de que el caballito ya había saltado sobre una brecha en el sendero. Casi me da un infarto.

En la siguiente escena, el caballito en cuestión galopa a toda velocidad. Yo voy rebotando y gritando sobre su lomo, las ramas bajas de los árboles golpean mi cara y mis brazos. ¡Já-lele las riendas! ¡Eche el cuerpo para atrás! Me grita Quirino, pero es inútil. Pienso en Christopher Reeve, y me imagino postrada en una silla de ruedas con un tubo de plástico en la garganta. ¿Qué te pasó?... Nada, me caí de un caballo.

Antes de que tal desgracia ocurriera, logré apaciguar a mi pequeño poni, Quirino lo excusa diciendo que ya tiene hambre y que por eso andaba aprisa. Me inclino hacia adelante y acaricio el cuello del animal, ¿ya te quieres ir, amiguito? No te preocupes, yo también. No podía guardarle resentimiento, después de lo que habíamos pasado juntos.

Última parada: San Juan Parangaricutiro. El destino por excelencia de los turistas de la zona, suficientemente cerca del volcán, para decir que se estuvo ahí, pero sin las molestias de tener que subirlo. De lo que alguna vez fue un pueblo, ahora solo quedan las ruinas de una iglesia, cubierta casi totalmente de lava petrificada y algunos muros de lo que debieron ser casonas. Ahí, los lugareños venden comida, bebidas frías y

artesanías; los turistas y guías se pasean, todos en caballos más bonitos que el mío. Quirino me escolta hasta una escalinata, me indica que por ahí se llega a las ruinas de la iglesia y que en esta ocasión no me acompañará, que me esperará cerca del camino porque tiene que cuidar a los caballos.

Entre un áspero manto de roca negra, emerge la torre de la antigua iglesia, junto con parte de la fachada. Avanzo entre las moles, buscando puntos donde apoyar las manos y los pies, mis botas se atorán en las hendiduras, mis pies se doblan. Pienso en una novia que tuve, muy guapa y con los tobillos más frágiles que jamás conocí. Me escurro entre una gran roca y el muro de lo que antaño fue la iglesia; es impresionante, el altar está intacto, la gente ha ido dejando a su paso veladoras, rosarios, imágenes, flores y banderas.

Una señora rolliza me prepara unas quesadillas, tortillas azules de maíz, queso de hebra, champiñones, carne deshebrada, un comal redondo sobre una hoguera de leña. ¿Ha visto a Quirino? Le pregunto a ella y a su hija, quien le ayuda en el negocio. ¿Quirino? Me pregunta. El señor que viene conmigo, le quiero invitar un taco. En mi casa me enseñaron que hay que ser compartidos, y después de aguantarme todo el viaje, lo menos que podía hacer por él era ofrecerle, de nuevo, algo de comer. ¡Ah, caballito! Responde, y ríe a la vez.

Ese no come, nomás bebe, vuelve a reír, esta vez junto con su hija. Al parecer, el seudónimo de Quirino le venía bastante bien, lo que me preocupaba era su hábito de empinar el codo. Las quesadillas están deliciosas, mi cuerpo las agradece.

Cuando por fin encuentro a mi guía, está sospechosamente alegre, en un escondrijo junto con otros tres caballeros. Ya estuvo Quirino, vámonos. No me percato de cuán cansada estoy, hasta que intento subirme de nuevo al caballo. Y como no podía irme del lugar sin montar una última escena, ahí estoy, arriba de una piedra, intentando subir por última vez al lomo del pequeño poni porque las piernas ya no me responden, pujando y suspirando, mientras Quirino me sostiene el caballo.

Ni el caballito, ni yo, vemos la hora de volver al campamento. Quirino viene particularmente parlanchín, balbucea una y otra vez sobre Marco Antonio Solís, quien, vale la pena aclarar, es michoacano y lo consideran casi una deidad en su tierra; también habla de cine. Yo asiento y suelto comentarios neutrales para no parecer descortés.

Desmonto por última vez al pequeño pero valiente corcel, apoyándome en el pequeño muro de mampostería donde había empezado mi aventura, y me siento aliviada. Estrecho la mano del siempre fiel Quirino y nos despedimos, no sin

antes cerrar la transacción con un fajo de papel moneda. Que le vaya bien, tenga una buena vida. Acaricio por última vez la cara del animal, hasta pronto, amiguito, gracias por todo.

La noche, la niebla y la lluvia, mis peores enemigos en la carretera, se ciernen sobre mí y el sedán color vino, mientras descendemos por las curvas del camino hacia Uruapan. La aventura no ha terminado. Pero eso no me detiene, converso conmigo todo el camino, para mantenerme enfocada.

Gasto mis últimas energías atravesando el patio de la casa, arrastrando los pies. En mi habitación, me desvisto con calma, me meto en la cama, miro el candelabro que cuelga del techo y después cierro los o...

INOPORTUNAS



A MIGA, ¿POR QUÉ NO SONRÍES?
¿Por qué tendría que hacerlo? Respondo de la forma más serena que puedo, aunque mi mente esté acelerada como un cohete desde hace diez minutos. Él me estudia con los ojos entrecerrados; sin duda, disfruta el momento, se regocija en mi evidente incomodidad.

No lo conozco, olvidé su nombre en cuanto me lo dijo segundos después de haberse instalado junto a mí sin autorización. *¿Podemos sentarnos con ustedes?* Habían preguntado, él y otro tipo, mientras colocaban deliberadamente sus tarros de cerveza en la mesa que yo compartía con una gran amiga. Era una pregunta retórica, pues ni siquiera esperaron respuesta de nosotras; uno de estos individuos conocía a mi compañera

y eso, evidentemente, le autorizaba para invadirnos de esa manera. De inmediato ocuparon los asientos vacíos.

Antes de que esto sucediera, mi amiga y yo conversábamos (casualmente) sobre lo frágil de la masculinidad, la falta de educación, de responsabilidad afectiva, la importancia del autocuidado, de la libertad de elegir sobre nuestros cuerpos. Luego, como atraídos por el olor a subversión, los invasores llegaron ruidosos, interrumpiendo nuestra conexión e imponiendo su presencia. Se les oía hablar desordenadamente, elevando la voz cada vez más, porque tenían que ser escuchados, por nosotras y por sus colegas hombres en las mesas vecinas, porque su opinión era la más importante.

Entonces llegó el tercer individuo. Pasaba por la acera, afuera del bar, cuando nuestros no invitados lo llamaron y lo exhortaron a sentarse en la mesa que ya no era nuestra. El tipo accedió sin más, y ninguno de los tres se molestó en preguntar si a nosotras nos importaba. Porque, de nuevo, nuestra opinión no tenía valor ahí.

De inmediato me retiré a mi lugar feliz, cerré los oídos y solo me dediqué a observar a mi amiga; ella asentía, intentando sonreír. Los hombres le hablaban al mismo tiempo, ella giraba la cabeza de un lado a otro, como si mirara un partido de tenis, intentando seguir la conversación.

¿Puedo?

Uno de los tipos, moreno y con ojos de sapo, interrumpió mi trance para “pedirme” fumar de mi cigarrillo, lo sostenía entre sus dedos índice y pulgar. Yo le respondí que mejor encendiera uno para él. Colocó el mío de vuelta en el cenicero y sacó uno nuevo del empaque. Yo regresé a Lalalandia en cuanto pude y dejé mi cigarrillo consumirse.

No pasó mucho tiempo sin que el tipo moreno notara mi ausencia, los otros dos seguían su discurso y mi amiga, algo mareada, intentaba sonreír todavía. *¿Por qué no hablas?* Me dijo, y tocó mi hombro con las puntas de sus dedos. *¿Por qué debería?* Respondí y miré sus dedos aún tocando mi hombro, luego miré su cara, se notaba que estaba ebrio. Fingí acomodarme en mi asiento para interrumpir el contacto.

¿Eres de aquí? El moreno intentaba hacerme plática. Yo respondía con monosílabos y de inmediato buscaba una distracción, mi teléfono, la gente que pasaba, el retrato en la pared. No dejaba de hacerme preguntas, continuamente tocaba mi hombro, mi codo, mi antebrazo. Demandaba mi atención como un chiquillo malcriado. Mi lenguaje corporal delataba tensión, tenía la espalda totalmente recta contra el respaldo del asiento, los hombros abiertos, sentía la mandíbula apretada y mi pierna derecha no paraba de saltar. Él estaba sentado

con las piernas muy abiertas, inclinado sobre la esquina de la mesa, invadiendo mi espacio con su torso y cabeza. Para él, comenzaba a volverse un reto, no cesaría hasta que yo, la mujer que jugaba a “hacerse la difícil”, le cediera todo, mi mirada, mi escucha, mi espacio, mi voluntad. Fue entonces cuando comenzó a llamarme “amiga”.

Me levanté sin excusarme y me dirigí al tocador, ahí me eché agua en la cara y respiré hondo unas tres veces frente al espejo. Mi paciencia, al igual que mi cigarrillo, se había consumido. Pensé en irme de inmediato del bar, pero eso implicaba dejar a mi amiga sola con esos tres. Pensé en inventarme una emergencia en la que ella tuviera que salir conmigo del bar, pero eso no era más que abandonar nuestro espacio y cedérselo a ellos. *Hay que poner límites*. Le dije a la Matilde del espejo.

Cuando volví a la mesa, los hombres rodeaban a mi amiga y le hablaban de cómo ellos son mejores que otros hombres porque ellos sí saben componer música y tienen canales de YouTube que debemos seguir porque, de lo contrario, nuestra vida carece de sentido. Su egocentrismo me resultó gracioso. Busqué la mirada de mi amiga, estaba fastidiada.

El moreno reanudó el asedio, mi indiferencia le molestaba y comenzaba a volverse más agresivo. Cuestionaba mi

“seriedad”, continuaba buscando el contacto físico, se inclinaba cada vez más sobre mí, intentó servirme más cerveza, me ofreció un vaso de otra bebida que sacó de su morral. Después de cada negativa mía ingeniaba nuevas formas de fastidiarme. La agresión escaló a un punto en el que hizo un comentario “incidental” sobre mis senos y pasó su mano muy cerca de ellos, esta vez sin tocarme.

Preferiría que no te acercaras tanto a mí.

Su reacción inmediata fue colocar su mano sobre mi antebrazo y preguntarme por qué.

Preferiría que no me tocaras... y un “por favor” estuvo a punto de escaparse de mi boca. Pero lo contuve y reformulé la oración. *No me toques. Es en serio.* Y aparté mi brazo.

Justo ahí, una conocida, ignorante de la situación, se acercó a la mesa y yo la saludé con un abrazo cálido. El moreno le habló y ella lo saludó brevemente. Resulta que él y la chica se conocían también. Tras un breve intercambio de palabras, ella se despidió y se dirigió a la barra con su acompañante.

¿Por qué dejas que ella sí te toque?

Porque ella es mujer, y le tengo confianza.

Pero yo soy amigo de ella.

¿Y ya por eso voy a dejar que me toques?

No respondió y de inmediato me dio la espalda, giró sobre su asiento en dirección a mi amiga, que ya se veía harta de la charla de los otros dos, y sujetó su brazo con fuerza. Ella lo tomó por la muñeca y se soltó del agarre. Ambas nos miramos con molestia, esto estaba llegando demasiado lejos.

Frustrado e infantil, el moreno alzó la voz para llamar la atención de los demás e intentar “evidenciarme”, argumentando que yo era una persona “muy seria”. Yo aproveché el hiato para decir, también en voz alta, que no me interesaba en lo absoluto su conversación.

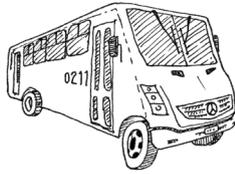
Mi amiga remató aludiendo a mi inocultable incomodidad y al hecho de que nosotras veníamos juntas, y les pidió que se retiraran de la mesa. La cara de los hombres fue invaluable. Uno de ellos intentó comprar su permanencia ofreciéndonos cambiar el tema de conversación. Mi amiga sostuvo la negativa. Sin más, se levantaron y huyeron a otro rincón del bar sin siquiera despedirse.

Ambas respiramos aliviadas y le agradecí su intervención. Ella se justificó y le dije que no había sido su culpa. Cerramos el tema recordándonos que no debemos permitir más esas situaciones y que debemos cuidarnos entre nosotras. De inmediato retomamos nuestra riquísima charla de mujeres, nos encerramos en nuestra burbuja de amor sororo,

admiración mutua y buena vibra. El mundo alrededor, con sus hombrecitos nefastos, se fue al carajo en un pestañeo.

Caray, qué inoportunas resultamos las mujeres cuando nos elegimos a nosotras por encima de los hombres.

PERSEGUIR LA CHULETA



ALGUIEN EN ESTE PAÍS TIENE QUE TRABAJAR. Le digo con más humor que pesar a mi casera, que también es mi vecina y a la cual no logro evitar cada vez que salgo de la casa. *¿Ya te vas, Tilita?* Me pregunta, cuando me ve en el umbral, arreglada, con la mochila al hombro y las llaves en la mano. *No, señora, voy a hacer guardia aquí en la puerta,* me dan ganas de contestarle. Pero mi respuesta a tan obvia pregunta siempre es la misma, y ella siempre ríe, y yo siempre agrego, mientras me dirijo a la puerta principal: *¡Hay que sacar para las croquetas del gato!* Y escucho de nuevo su risa desde el pasillo. Estos rituales aparentemente insignificantes tienen la ventaja de que no nos demandan mucho tiempo ni esfuerzo y resultan lubricantes de la relación arrendador-arrendatario.

En mi caso, creo que he alcanzado la cúspide de dicha relación, al grado en que doña Lupita ha llegado a tocar mi puerta por las mañanas, dos días seguidos, para preguntarme cómo sigo de la tos; para avisarme que, cariñosa pero unilateralmente, había decidido ponerme un pseudónimo; o para preguntarme si ya desayuné y ofrecerme tamalitos, pastel del bautizo de su nieta, o mole (que le queda riquísimo). Me siento privilegiada de estar bajo el cobijo de doña Lupita, es como tener una abuelita que no pedí, y a la que además le tengo que pagar renta. Y cumple todas las funciones de una abuela: ser preguntona, dar remedios caseros, tener buena mano para las plantas, tener muchas aves, y darnos comida a todos porque nada llena más de gozo a una abuela que ver a su gente gordita, bien repuestita.

Me alejo del oasis de macetas y canarios de doña Lupita y salgo a las calles de mi San Miguel, a *perseguir la chuleta* (*chasing the chulet*, para mis amigos angloparlantes). Como escribir sandeces no me da para vivir, tengo un trabajo *de verdad*, un trabajo de ingeniera (o ingeniero, si a usted no le gusta usar el lenguaje inclusivo) en el que constantemente me pregunto qué hago aquí y caigo en la cuenta de que no tengo peregrina idea de lo que estoy haciendo. Pero es entretenido y de algo hay que comer.

Vivir en el centro de una ciudad como esta puede ser tan revitalizante (de lunes a viernes) como desesperante (los puentes y fines de semana). Caminar sus calles empedradas por la mañana, ver al ciudadano *de a pie* hacer su vida desde el anonimato, a la chica del estanquillo acomodar las cubetas de nieve, al elotero remojando las mazorcas para que no se sequen, a las señoras amontonándose por un tamal y un atole, a las *doñitas* tendiendo sus mantas con tortillas *de mano*, nopalitos, tortitas de papa, caldito de garbanzo, chilacas, calabacines; los demás personajes ocupan sus lugares habituales, el globero de la plaza cívica, los viejitos de las bancas, el bolero, las palomas de la estatua ecuestre, los estudiantes.

Yo me desplazo a través de esa postal, soy parte de ella, y llego a la parada de autobuses. Me trepo en el Mercedes-Benz morado de 40 asientos y me acomodo con mis compañeros viajeros urbanos. Comienzo a sudar, siento cómo el agua se acumula sobre mi labio superior, escurre lento desde mi frente hasta mis sienas, siento la nuca fría. *De haber sabido, ni me baño*. En menos de dos minutos el autobús se llena y emprendemos el viaje.

El rugido desesperante del motor en primera, arrastrándonos cuesta arriba por la Salida Real a Querétaro; yo estoy pensando en las diferencias entre el ciclo de Otto y el

de Diesel. Los ocupantes del vehículo saltamos y nos mece-
mos, al ritmo que nos marcan las piedras de la calle, como
si fueran los valles y picos grabados en un disco de vinil
y nosotros la fina aguja de un tocadiscos. Un hombrecillo
avanza entre la gente desde el frente del autobús, cargando
una pequeña cubeta de plástico, para dar inicio a otro ritual:
el de cobrar el pasaje. Por regla, cuando se toma un *urbano*
en sitios estratégicos de la ciudad, a los usuarios no se nos
cobra la tarifa al momento de subir, por el contrario, se es-
pera a que el vehículo en cuestión esté en movimiento y, de
preferencia, atiborrado de gente para pasar a hacer el cobro.
Entonces el hombrecillo de la cubeta comienza ceremonioso
a cobrar desde la fila de atrás del autobús. Todos los usuarios
luchamos por mantener nuestro lugar mientras, hábilmente,
esculcamos nuestros bolsos, bolsillos, en busca de dinero. ¿Por
qué es así la cosa? Creo que solo la mamá del Director de
Tránsito lo sabe. El hombrecillo tiene además otra función, la
de poner orden entre los pasajeros que van de pie; te tocará
el hombro con el dedo índice y sin decir palabra te señalará
un espacio “vacío” al que deberás moverte o atenerte a las
consecuencias, mismas que nadie desea conocer, y así suce-
sivamente. El conductor refuerza la acción con un *Favor de
pasarse para atrás, hagan dos filas, hay mucho lugar*. Y así se violan

las leyes de la termodinámica en San Miguel de Allende, al coexistir dos cuerpos en un mismo espacio. *Todo cabe en un urbano, sabiéndolo acomodar.*

Llego a mi destino, descendiendo de la nave del olvido y respiro hondo, lleno mis pulmones de aire fresco para deshacerme del tufo persistente a humanidad, que se te queda entre ceja, nariz y madre. Camino por el callejón, unas pequeñas hojas secas crujen bajo mis suelas, llego a *mi* oficina, donde nada me pertenece más que una nota adhesiva con una carita feliz y probablemente un bolígrafo. *La vida es como te la tomas*, mientras para muchos ir al trabajo es la cosa más tediosa y redundante de la vida, a mí las excursiones a la oficina me sirven para salir del sopor de la casa, de la cotidianidad.

Al estilo de Bertram Cooper en *Mad Men*, en mi oficina se anda sin zapatos; dejo los tenis detrás de la puerta y camino hasta mi escritorio. Si me viera mi tía, me regañaría por andar ensuciando calcetines innecesariamente. Contemplo uno de los cuadros en la pared, cuatro flamencas con mantillas en la cabeza sujetan la capa roja de una virgen negra, llevan rosarios en las manos y sus rostros parecen entristecerse más a cada segundo. Salgo del microtrance y miro el pequeño escritorio vacío al otro lado de la habitación. *Ernesta, ¿qué tenemos para*

hoy? Le pregunto a mi secretaria imaginaria, que en mi mente es la mismísima Christina Hendricks. Se vale.

Lo que más tesoro de mi oficina es la tranquilidad que se respira. Lejos del bullicio del centro, en la ventana solo se escucha la brisa correr entre las hojas de una palma alta y solitaria, y entre los gruesos muros de mampostería solo suena el implacable tic-tac del reloj de pared, son las once en punto.

Mira Ernesta, hoy sí llegué temprano.

ORIÓN



YO A ESE CABRÓN LE PROMETÍ UNA VIDA. Bueno, la de él, a sabiendas de que, tal vez, duraría menos que yo en este plano. Es que la vida, si existe tal concepto abstracto, no es como siempre se quiere.

Él, a lo mejor, supo leer la enorme tristeza que se me venía encima. Me abandonaba por ratos para dedicarse a sus contemplaciones y me buscaba cada tanto tiempo a verificar que seguía yo ahí. Me estudiaba desde la escalera con sus enormes ojos. Se desprendía de su frialdad característica para dedicarme un par de minutos y luego volver a irse.

Tan nunca mío.

Cuando aquella madrugada yo rezaba por mi salvación al compás de un cuchillo en la cocina, él se sentó

junto a mí, rogando mi atención; intentando consolar-me.

Cuando aquel medio día recibí la llamada, él estaba ahí, en la puerta de la recámara, viendo cómo me vestía apresurada unos pantalones de mezclilla y una sudadera.

Luego él se aventuró afuera, sin saber que sería la última vez.

Cuando volví, una semana después, él trató de mostrar su mejor cara para mí; supongo que era evidente mi desolación. Aun así, se esforzó porque nuestra vida volviera a la normalidad.

Tras un par de días no pudo ocultar más su dolor. Fue entonces cuando decidí acompañarlo a la clínica para efectuar una evaluación. Nada fuera de lo ordinario, una lesión común y, nada, medicamentos para solventarlo.

Pero nunca llegó la cura. Por el contrario, cuando desperté aquella mañana me encontré con un ser derrotado que, a pesar de sus esfuerzos, estaba a punto de ceder a lo inminente.

Cuando tuve que despedirme, le agradecí los años que me regaló y le pedí que no se preocupara más por mí. Le aseguré que iba a estar bien y que haría lo posible por salir adelante.

Esa noche dormí poco, y me desperté al alba para pedir por él. No tardó mucho en llegar la llamada de confirmación. Finalmente, se había ido.

Orión, se llamaba, en honor a mi constelación favorita. Gordito, le decía de cariño. Y le lloré hasta el cansancio.

¿Cuándo se deja de extrañar a un gordito? Yo digo que nunca.

A veces pienso que él se sacrificó para llevarse consigo una parte de mi tristeza.

ABUNDANCIA DE ESCASEZ

desnalgado, -a.

1. Persona de glúteos poco prominentes.

S IEMPRE LO HE DICHO, los desnalgados tenemos que echarle el doble de ganas a la vida. Así de simple. No solo porque implica que, a falta de los atributos *estéticos* dictados por esta sociedad democrática y tirana, de entrada somos ciudadanos de segunda clase y por ello tenemos que valernos de otras habilidades para poder sobresalir entre los demás. Yo, por ejemplo, cuento chistes preciosísimos, tengo letra bonita y buen sazón para cocinar.

Los desnalgados padecemos en silencio otras tantas calamidades.

No podemos permanecer mucho tiempo sentados. Al estar desprovistos de *las dos porciones carnosas y redondeadas situadas entre el final de la columna vertebral y el comienzo de los*

muslos, somos susceptibles a sufrir molestias en la parte en cuestión: congestión de pelvis y estrangulamiento de coxis, por mencionar los más comunes.

Por lo tanto, nos volvemos algo exigentes con los lugares donde posamos, válgase la redundancia, las posaderas. Podemos, con un simple vistazo, anticipar si un asiento será cómodo o no. Esto viene con un costo social alto. Si en una reunión se nos ofrece dónde sentarnos y el asiento disponible no tiene algo que haga las veces de cojín, o carece de todo sentido ergonómico (o sea, que es muy plano), preferimos educadamente declinar la invitación a tomar asiento. Las más de las veces ese simple gesto termina siendo percibido por algunos como un acto de irreverencia o falta de respeto. No es personal, es la ausencia de nalgas.

Ahora, en un escenario más rural, un día de campo a la orilla de un lago, ¡qué emoción! Un clima benévolo, un paisaje asombroso, la familia sonriendo y comiendo emparedados sobre una icónica sábana a cuadros. Digno de un comercial de refresco de cola, *so happy together*. Lo que todos parecen ignorar es que, en general, sentarse en el suelo (para el humano moderno) es más una molestia que un mimo para el trasero. Si se extrapola esto a una persona desnalgada, se convierte en un infierno dantesco y martirizante en la zona

baja del cuerpo. De repente un nudo de raíces se vuelve el verdugo de la inquisición que castiga, irónicamente, a nuestro hueso sacro. *Vale, entonces, ¿por qué no sentarnos sobre una piedra?* La falta de tejido *nalguil* ocasiona que las rocosidades se introduzcan en lugares donde usualmente el tránsito es en la dirección contraria. El encuentro con la piedra se hace tan íntimo que, incluso, podemos saber con precisión el origen ígneo (o sedimentario) de la misma. *Mmm, tanto feldespato es inconfundible, sin duda es una piedra de la sierra de Picachos.*

El día a día de un desnalgado está lleno de pantalones que nunca se llenan, y calzones que cuelgan de atrás como los de un niño *obrado*. El amante arrebatado que busca prender llama con un *agarrón de pompas*, solo para encontrarse confundido al final, con nada entre las manos más que una sincera disculpa. El paseo entre la orilla de la piscina y la tumbona con sombrilla, mientras los demás lucen sus enormes y redondos traseros y uno tiene que aprender a vivir con la abundancia de escasez.

Pero por más triste que parezca andar por la vida sin nalgas, resulta que tiene sus beneficios. Nuestra condición de desnalgados nos hace mucho menos superfluos, más perceptivos y comprensivos con la gente. Generosos por naturaleza, los desnalgados siempre tendremos palabras de aliento para

motivar a nuestros compañeros humanos. Entendemos la importancia de la comodidad y la respetamos y procuramos para los demás. Y, como le echamos más ganas que nadie a la vida, indudablemente termina yéndonos bien.

Algún día el mundo será de los desnalgados, y entonces habrá trajes de baño chiquitos de abajo y grandes de arriba, calzones que no cuelguen y pantalones hechos a medida para todos. Se pondrán cojines en todos los asientos y, por decreto, se limarán todas las rocas del mundo.

RECITAL DE
PIANO Y VOZ



UNA VEZ, HABLABA CON ALGUIEN acerca de que los miedos son el calvario de los imaginativos. Y es que los que sufrimos de imaginación volátil estamos destinados a recrear en nuestras cabezas todos los escenarios, posibles e imposibles, en los que una determinada situación puede derivar. Así que ya sabemos todo lo que puede salir mal mientras hacemos algo tan trivial como ponernos talco en los pies.

De niños, el peligro acecha en cada rincón. Los suéteres viejos del armario cobran vida cada noche e intentan descolgarse para estrangularnos con sus mangas luidas y su olor a humedad. La legión de monstruos que viven debajo de nuestra cama espera el día en que nos descui-

demos y puedan, finalmente, tomarnos del pie y llevarnos con ellos.

De adultos, la cosa no es muy distinta, el miedo persiste, pero transmuta para manifestarse de otras maneras. Por ejemplo, en mi mente, yo ya he muerto infinidad de veces, resbalándome en el baño por no usar chancas, o cayendo por las escaleras como la nana Mercé.

Pero en el mundo de los imaginativos no todo es fatalidad, las ventajas son infinitas, como nuestra mente voladora, como un carrete de hilo que nunca se acaba y que en su extremo sostiene a un papalote. Porque somos agentes secretos, superhéroes, cadetes defendiendo el castillo de Chapultepec, padres de la Independencia. Una crayola y un mapa de la República Mexicana con división política nos llevan al paradero del despiadado espía ruso Igor Volkov; una toalla vieja de Puerto Vallarta es la capa que nos brinda el poder de volar desde la cama alta de la litera; unas tablas y un muro de ladrillo son nuestra línea de defensa contra el ejército estadounidense; y un palo de escoba es el caballo que nos lleva galopando a avisarle a los insurgentes que la conspiración ha sido descubierta.

Pero la imaginación nacionalista que me acompañaba en la infancia terminó transformándose, materializándose en

un demonio menor, un ente rojo, pillo y pornográfico, que usualmente me saca más carcajadas que congojas. Que me toma en sus musculosos brazos de demonio y me lleva con sus fuertes patas de cabra hasta los lugares más increíbles, yo me relajo y me dejo transportar a donde sea su voluntad.

En la vida real, estoy sentada en la butaca de un pequeño teatro, escuchando a una dulce jovencita interpretando *Lascia ch'io pianga*, acompañada de un pianista que trae mocasines sin calcetines (!!!) y un flautista cuyo talento me parece más adecuado para la recepción de una boda que para ofender de esa manera a don Federico Handel.

Justo detrás de mí hay un hombre que sufre de un terrible mal: apnea del no-sueño. Sí, de esas personas que (estando despiertas) cada dos o tres minutos se avientan un sonoro suspiro, como si acabaran de sacar la cabeza del agua después de casi ahogarse. En este caso, el suspiro venía acompañado de un ronquido y carraspeo que le traerían pesadillas al mismísimo *Shrek*.

Veo a mi demonio asomar la cabeza entre la cortina de uno de los palcos. Me está buscando. Luego lo veo de reojo por el pasillo. Finalmente, se sienta a mi lado, sin decir nada, sonriendo con sus enormes dientes blancos. Yo echo la cabeza hacia atrás, sonrío también y me dejo secuestrar.

De pronto, todo en el lugar, a excepción del escenario, se ralentiza y pierde el color. La chica sigue cantando, mirando al vacío desde su tarima elevada, cubierta de luz. Las butacas desaparecen, en su lugar quedan las tablas desnudas del piso, y unos jóvenes con los rostros cubiertos se enfrentan en cámara lenta dentro de un violento *mosh pit*. Traen peinados punk, pañoletas sobre sus bocas y narices, estampadas con los dientes de una calavera, chalecos de mezclilla y botas con estoperoles. Giran y lanzan golpes al aire, unos contra otros, no hay bandos, no se distingue dónde termina el baile y comienza la violencia. La chica en el escenario sigue cantando su aria, ignorando por completo a su público rabioso. Una botella de vidrio pasa volando despacio frente a sus ojos, ni siquiera se inmuta.

Vuelvo a mi butaca y me percato de que el pianista sigue sin traer calcetines y que, aunado a eso, el color de su saco no es el mismo de su pantalón. El flautista sigue sin poder llevar el tiempo o seguir la partitura.

Think of me, think of me fondly when we've said goodbye. No soy una entusiasta de los musicales de Broadway, me resultan demasiado sobreactuados. La chica nos deleita ahora con una pieza del Fantasma de la ópera y mi demonio no tarda en echarme sobre su hombro como un costal y llevarme detrás del escenario.

Entre pedazos de escenografía reciclada, cubetas, cuerdas y cables, sobre una mesa de madera se dibujan dos siluetas agitadas: la chica de la taquilla y el conserje se dan fuego furtivamente. Sin más preámbulo y sin una gota de romanticismo, él la penetra con prisa, gruñendo con cada arremetida; trae los pantalones y calzones en los tobillos y la hebilla de su cinturón tintinea sobre el concreto del piso. Ella, de espaldas sobre la mesa, rodea la cintura de él con sus piernas desnudas y sujeta con sus manos los antebrazos del tipo; lo mira fijamente, aunque él apenas se percate, pues toda su mente está puesta en su miembro, toda su existencia se reduce a estar dentro de ella y saciar ese deseo que los hombres justifican como inevitable. No hay amor en la mirada de ella, tampoco hay sumisión, está concentrada en lograr algo más, busca autodestruirse, olvidar. Sin duda, ella eligió al sujeto, el momento, el lugar. Sin duda, ella se lo coge a él. *Flowers fade, the fruits of summer fade, they have their seasons, so do we.*

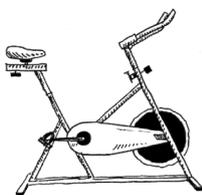
De vuelta en mi butaca, pierdo toda esperanza de que el flautista mejore en lo mínimo; el pianista, cuyo saco no solo es de otro color sino también más grande de su talla, apenas mantiene el nivel. Pienso en la poca justicia que le hacen al talento de la chica, y qué falta de respeto a su trabajo. Ella se entrega en el escenario, con un hermoso vestido de noche y

un tocado de flores, sin temor ante un público que la desconoce por completo, y este par de mamarrachos no pueden ni ponerse calcetines. Cuánta injusticia, carajo.

*Cuando vuelva a tu lado y estés solo conmigo, las cosas que te digo no repitas jamás, por compasión. ¿Qué puede significar eso, más que a doña María Grever le gustaba el *dirty talk*? Mi demonio y yo nos reímos, pero esta vez no hay pornografía de libro vaquero a la vuelta de la esquina, a pesar de lo sugestivo de la canción. En vez de eso nos transportamos a una cantina, estamos sentados en una mesa y en la gramola suena esa tonada y yo juro que puedo oler humo de cigarro y orines. Luego se superpone una escena de mi infancia en la que es casi de noche y yo estoy en una piscina, jugando, desde los altavoces llega la voz melosa de Luis Miguel, pidiendo que le cuenten los latidos del corazón.*

Un ronquido de mi entrañable e hipóxico compañero me trae de vuelta a mi butaca, yo aterrizo sobre ella como si me hubieran dejado caer desde el techo. Mi demonio se ha marchado, pero el pianista, el flautista y la chica siguen aquí. Se despiden de nosotros con una solemne reverencia y nosotros les correspondemos con unos aplausos algo desganaos. Por supuesto, no hubo *encore*.

EL GATO TAMBIÉN



Para David García

¡CARLOOOOS!



—¿Quéeee?!

—¡Ven para acá, güey!

—¿Qué chingados quieres?

—¡Mira!

—¿Qué cosa, cabrón?

—La máquina del tiempo, papá...

—Esteban, ¿qué te metiste?

—No, güey, no me estás entendiendo, esto es serio...

¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro día, en casa de Lauro?

¿De la paradoja del tiempo y todo ese pedo?

—Cabrón, estábamos pedos, no mames.

—No, güey, esa madre me hizo *click*, todo tiene sentido.

—¿Sentido? ¿Cómo?

—En mi cabeza, mamón.

—¡Jajajaja!... Ya estuvo, me estás asustando... ¿Y esa bicicleta? ¿De dónde chingados la sacaste?

—Me la prestó la vecina, güey, la Rosa... y no me alburees.

—Uy, qué poco aguantas. ¿Me vas a decir cuál es tu pedo?

—Ya, pero escúchame, no te vayas a reír. El pedo es la energía cinética, güey, se requiere un chingo. Pero yo ya sé cómo, hay que ponerle un campo electromagnético en el momento preciso, una chispa y ¡PUM! Viajas en el tiempo.

—'Tas cabrón, mano. En serio... ¿Y cómo vas a saber a qué punto del tiempo viajar? ¿Y cómo vas a saber si vas al futuro o al pasado?

—Fa-ci-li-to. Cuando se alcanza la velocidad crítica, se empieza a contar la energía y cada kilojoule equivale a un año, en base a eso...

—Se dice “con base en”... pendejo.

—Chinga tu madre... con base EN eso estimas el o los giros de la rueda necesarios para llegar a ese punto en el tiempo. Ahora, para ir al futuro, solo tienes que pedalear hacia adelante, y si quieres ir al pasado...

—Pues, para atrás, obvio.

—Ahí'stá, güey, ya me estás entendiendo.

—¿Y cómo piensas agarrar velocidad si es una puta bici estática?

—Es que eso es lo que estaba mal, no es uno el que tiene que acelerarse, sino el cuerpo de intercambio... Suen a mamada, lo sé, pero te lo juro que tengo razón.

—¿Y la chispa? ¿El campo electromagnético?

—... Jejeje

—Cabrón, me das miedo cuando sonríes de esa manera. ¿Qué tienes en esa caja?

—Te presento al Mufin.

—¿Un gato? No mames, ¿es neta?

—Es el pelo güey, acumula un chingo de estática, es más hasta le puse un gorrito para que se electrice más.

—Comprobado, estás todo pendejo. ¿Y de dónde lo sacaste? ¿También se lo pediste a la vecina?

—No, mamón, me lo encontré en la calle. Me fui al Oxxo y le compré una lata de atún y, míralo, bien sedita.

—¿Y si se muere por tus pendejadas?

—No se va a morir, no chingues. Es más, ni cuenta se va a dar.

—Bueno, ¿y cómo sabes si va a funcionar?

—Pues tenemos que probar, güey.

—¿Tenemos? Me suena a manada.

—Güey, ándale, no seas culero. Te picho unas chelas al rato.

—Bueno, va. Ya no me ruegues, hocicón.

—Mira, ya está lista, vamos a la segura, la programé para que nos llevé 3 minutos en el pasado. Así, inofensivo. No vamos a ver dinosaurios ni nada.

—¿Programarla? ¿Con ese pedazo de mecate?

—Es para que se pare la rueda donde tiene que ser, güey. ¿Qué no entendiste nada de lo que te dije?

—Bueno, vale. ¿Y yo qué hago?

—Mira, yo voy a empezar a pedalear, cuando llegue a la velocidad crítica le enganchas el extremo de la cuerda a la rueda, agarras al gato y cuando la cuerda tope acercas el gato a la bici.

—¿Y ya? ¿Vas a desaparecer?

—Vamos.

—¿Los dos?

—Y el gato también...

—Yo no sé por qué sigo siendo tu amigo, cabrón.

—Bueno, ¿listo?

—¡Arre!

- Tienes que estar al tiro, ¿eh?
- Mira nomás qué bonito pedaleas.
- Déjate de mamadas y presta atención, cuando yo te diga pones la cuerda.
- Ya, vale.
- Ya casi... ¡Ahora!
- No mames, ¡va en chinga!
- ¡El gato, cabrón! ¡El gato!
- ¡Aaaaghhh!
- ¡Carloooooos!
- ¡¿Quéeee?!
- ¡Ven para acá, güey!
- ¿Qué chingados quieres?
- ¡Mira!
- ¿Qué cosa, cabrón?
- La máquina del tiempo, papá...

Todas las actividades se terminaron de imprimir en agosto de 2022 en los talleres Áspera.

Contamos Historias, Guadalajara, Jalisco. Se imprimieron 100 ejemplares. Para la composición tipográfica se utilizaron los tipos Bembo Std y Fira Sans. Se imprimió sobre papel cultural de 90 g.

"Mamá, ¿qué es ninfómana?" pregunta Matilde a los nueve años, cuando ya había leído la Enciclopedia de la Vida Sexual, y al final confiesa: "Yo pensaba que el erotismo tenía que ver con superhéroes".

Así es Turbulencias, una serie de relatos que saltan de la autobiografía a la ficción y logran poner juntos el humor y el dolor, matizados de inocencia, un poco de cinismo y otro tanto de amor lésbico. Las historias de Matilde son tan falsas como ciertas, tienen comprobaciones científicas de corazones rotos, inolvidables "días de pinta" en la secundaria; y además una "colección de lágrimas", viajes en carretera -y a caballo- con vuelos y turbulencias, en los que se sacude la vida.

Historias de liberación, de descubrimiento sexual y geográfico, donde a veces la vida duele y los gatos rescatan almas con defectos de fábrica.

«Para escribir me visto con solemnidad, como si fuera a trabajar. Me disfrazo de otro yo que no sabe de patrones, colores o texturas».

Matilde Durón



Ágata Contamos Historias
agata_contamoshistorias

